

COLECCIÓN VALLE DE PACHACAMAC

ARQUEOLOGÍA DEL PERIODO FORMATIVO EN LA CUENCA BAJA DE LURÍN

Richard L. Burger y Krzysztof Makowski
Editores



Capítulo 17



Volumen 1



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Arqueología del Periodo Formativo en la cuenca baja de Lurín

Primera edición: marzo de 2009

© Richard L. Burger y Krzysztof Makowski, editores

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

*Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.*

ISBN (obra completa): 978-9972-881-4

ISBN (volumen 1): 978-9972-42-882-1

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2009-03002

Impreso en el Perú – Printed in Peru

Comparaciones y contrastes entre la costa sur y la costa central del Perú durante el Periodo Formativo

Helaine Silverman

El surgimiento de sociedades complejas tanto en la costa central, como en la costa y sierra norte del Perú, ha sido registrado desde el Precerámico Tardío (Moseley 1975; Donnan 1985 *inter alia*); sin embargo, es sorprendente que las sociedades de la costa sur hayan demorado aproximadamente dos mil años o más para alcanzar niveles de integración social, política y económica comparables. En este artículo analizamos la prehistoria de esta región durante el Periodo Formativo, utilizando los escasos datos disponibles para delinear y explicar su historia cultural, a la vez que señalamos los problemas principales y los vacíos aún presentes en el testimonio arqueológico. Por último, establecemos comparaciones con la costa central y, específicamente, con el valle de Lurín. Estos paralelos son útiles para resaltar las semejanzas y las diferencias en la evolución cultural de ambas áreas. No obstante, antes de adentrarnos en esta problemática, consideramos necesario definir los dos términos principales involucrados en la discusión: costa sur y Formativo.

La costa sur como área cultural

Al revisar la bibliografía sobre arqueología andina encontramos que la costa sur corresponde a un área cultural dentro de otra más grande: los Andes Centrales (Bennett 1948; Willey 1971; Lumbreras 1981). Los límites del área cultural de la costa sur (figura 1) corresponderían a la delimitación actual del departamento de Ica, según lo asume implícitamente la mayoría de arqueólogos andinistas. Esta definición corresponde específicamente al área donde finaliza el banco de neblina invernal que cubre la costa central durante el invierno, y también a la

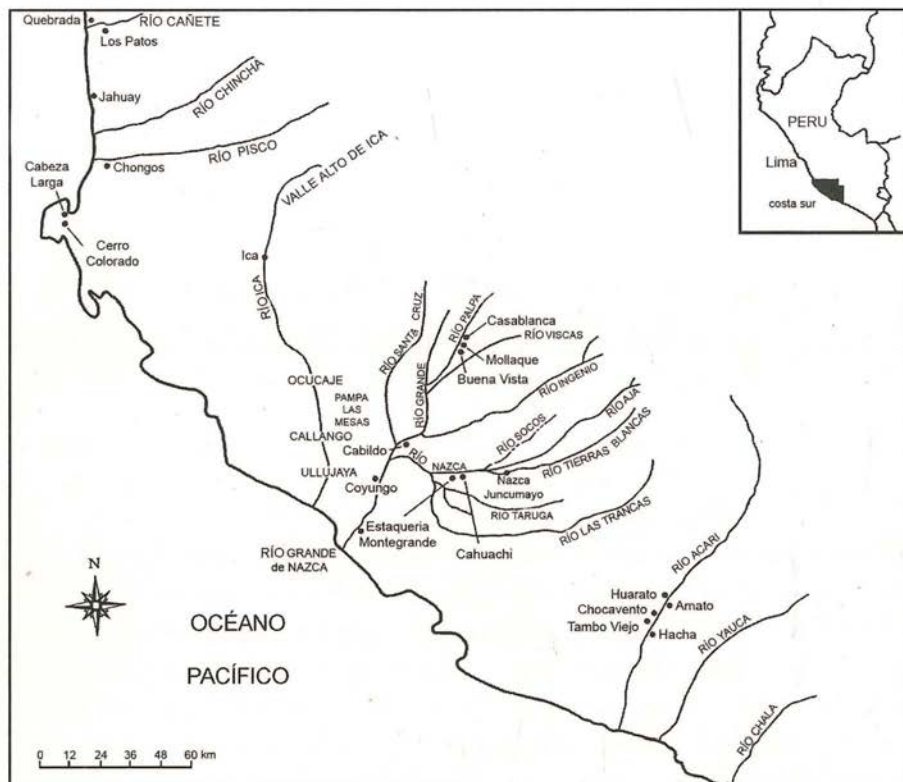


FIGURA 1
Principales sitios arqueológicos de la costa sur mencionados en el texto.

distribución espacial de tres estilos/culturas arqueológicas relacionadas entre sí: Topará, Paracas y Nazca.

Edward P. Lanning nos ha ofrecido una perspectiva algo diferente. En su opinión (Lanning 1967: 32), la costa sur abarca los valles de Pisco, Ica, Nazca, Acarí y la Península de Paracas, mientras que la «costa sur-central» comprendería los valles de Asia, Cañete, Topará y Chincha. Dicho autor sostiene que tal agrupación se basa en filiaciones culturales y no en criterios de separación geográfica. Sin embargo, este planteamiento presenta problemas ya que el estilo Topará también caracteriza al valle de Pisco y la cerámica Paracas también se encuentra en el valle de Chincha (cf. Lanning 1960; Wallace 1985, 1986; Engel 1957b). Además, es necesario que las filiaciones culturales estén temporalmente definidas; es decir, ¿cuándo se define la costa sur como área de filiación cultural diferenciada de los valles del norte y del sur? ¿es válida la delimitación de Lanning para todos los períodos? (figura 2). Los límites del área cultural conocida como la costa sur

Inicial y el Horizonte Temprano propuesto por dicho autor. Para la mayoría de arqueólogos peruanos, tanto el Formativo mismo como los tres subperiodos secuenciales en que ha sido dividido, se interpretan como periodos de tiempo independientes y/o como etapas de desarrollo cultural.

Una definición más precisa a nivel cronológico del Formativo sería la siguiente. El Formativo Temprano² correspondería al lapso de tiempo ubicado entre el Pre-cerámico y la expansión inicial del estilo horizonte Chavín.³ El Formativo Medio correspondería al periodo ubicado entre los comienzos de la expansión del estilo horizonte y el ocaso de Chavín, sin importar si las culturas de este momento presentan influencia chavín. El Formativo Tardío se extendería después del ocaso de Chavín y antes del surgimiento de las grandes culturas regionales como Nazca y Mochica (Lumbreras 1969, 1974a, 1974b, 1989: 102, cuadro 2 con una versión muy diferente).

Visto desde una perspectiva social, este esquema cronológico se enriquece con la definición de contenidos socioculturales importantes. Así pues, el Formativo Temprano puede ser caracterizado por la presencia de sociedades agrícolas con conocimiento de la cerámica; el Formativo Medio por el florecimiento de Chavín de Huántar y la expansión de su estilo influyente sobre gran parte de los Andes centrales; y el Formativo Tardío por una fuerte reorganización sociopolítica e intensificación económica que rompe los patrones integracionistas chavinoides del Formativo Medio, así como por la diversificación y definición paulatina de las culturas regionales. Como se apreciará más adelante, este esquema de cronología relativa guarda notable correspondencia con aquellos procesos culturales ocurridos en la costa sur que se discuten en este artículo.

Como se sabe, uno de los triunfos conceptuales del esquema cronológico de John Rowe fue la creación de una secuencia maestra que permitiera correlacionar las cronologías relativas de los demás valles de los Andes centrales. Además de estar totalmente de acuerdo con este objetivo, creemos que el valle de Ica ha cumplido

² Consideramos que Formativo Temprano es una terminología más adecuada que Formativo Inferior, lo mismo que Formativo Tardío en vez de Formativo Superior. Los términos «inferior» y «superior» pueden parecer juicios de evaluación, a pesar de su sentido cronológico.

³ Desde nuestro punto de vista, que este período abarque más de mil años no debería representar problema alguno, pues podría subdividirse internamente en épocas más restringidas. Una solución alternativa sería establecer una secuencia cronológica sustentada en fechados radiocarbónicos de diferentes culturas, prescindiendo de los horizontes estilísticos. Por ejemplo, podría sugerirse un Período Cerámico 1 (2.000-1.500 a.C.) con cinco épocas, cada una de un siglo. Luego, un Período Cerámico 2 (1.500-1.000 a.C.), etcétera. No obstante, es evidente que un sistema cronológico absolutamente no cultural resultaría poco provechoso.

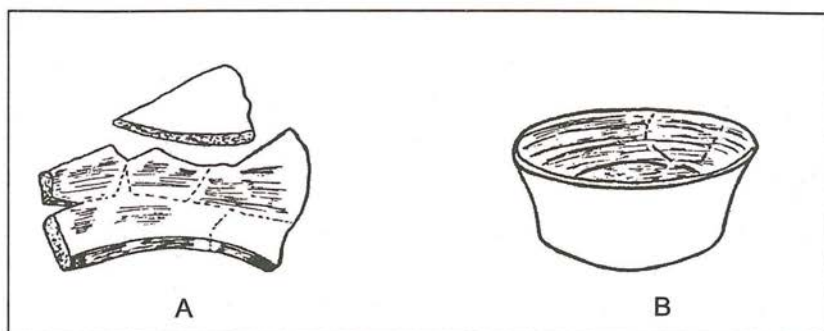


FIGURA 3
Cerámica de los estilos a) Erizo y b) Mastodonte (Pezzia 1969).

satisfactoriamente el rol de columna maestra que se le asignó. Sin embargo, nada impide que las secuencias de dicho valle puedan ser corregidas o afinadas con el objeto de actualizar y potenciar su utilidad. Así pues, los conocimientos adquiridos en los últimos años han puesto en evidencia una serie de inconsistencias en el esquema de periodificación que necesitan ser solucionadas en el más corto plazo (véase discusión en Silverman 1996: 104-105, 107, figura 3). Por ejemplo, si bien Rowe conceptualiza y emplea el término Horizonte Temprano como un periodo de tiempo y no como una etapa de desarrollo cultural, su uso práctico del término Horizonte (Willey y Phillips 1958: 33) contradice la cronología abstracta de unidades temporalmente restringidas, ya que el Horizonte Temprano abarca un lapso de tiempo prolongado de mil años. De otro lado, cuando Rowe propuso su esquema cronológico, creía erradamente que el estilo Paracas era la manifestación de la influencia Chavín en el valle de Ica, y comprendía incluso la fase Ocucaje 8⁴ (Menzel *et al.* 1964; Rowe 1962b).

Richard Burger (1988: 6) defiende con mucha razón el sistema cronológico de periodos y horizontes, pero debe señalarse que son precisamente los resultados de sus investigaciones sobre Chavín los que ponen en duda la utilidad del concepto de horizonte en los términos empleados por Rowe (Burger 1981, 1988, 1992 *inter alia*). Burger ha demostrado que la época de mayor influencia chavín se restringe a la fase Janabarriu definida por él. Consecuentemente, el «Horizonte

⁴ El Horizonte Temprano de Rowe comprendía la secuencia Ocucaje 1 al 10 (véase cuadro cronológico en Rowe y Menzel 1967). Menzel y otros (1964: 258-259) consideraron a Ocucaje 9 como independiente de Chavín. A la par, Ocucaje 10 fue definido como una fase que continuó con la tradición de cerámica pintada postcocción y línea incisa. De acuerdo a estas definiciones, resulta bastante lógico establecer el inicio del Período Intermedio Temprano con la adopción de los engobes aplicados después de la cocción.

Chavín» se encontraría contenido dentro del Horizonte Temprano. Es confuso y especialmente ilógico sostener que el Horizonte Temprano comprenda potencialmente fases anteriores al Horizonte Chavín y —seguramente— fases posteriores a su ocaso. En conclusión, si nos atenemos a las definiciones originales, el Horizonte Temprano debería comprender solamente al «Horizonte Chavín».

Los problemas de este tipo podrían solucionarse asignando las culturas regionales post Chavín al Formativo Tardío, o considerándolos parte del Período Intermedio Temprano, lo que implicaría redefinir el inicio de este período en el valle de Ica con la aparición del Ser Oculado en la iconografía. Peter Kaulicke (1994) ha propuesto el término de «Epiformativo» para el período inmediatamente posterior a Chavín, durante el cual surgen sociedades regionales importantes como Paracas y Salinar. La sugerencia de Kaulicke es atractiva y merece consideración en futuros debates y publicaciones.

En el presente trabajo empleamos un esquema cronológico que reconoce a las culturas previas al Horizonte Chavín, como pertenecientes al Formativo Temprano, las culturas contemporáneas con el Horizonte Chavín, como Formativo Medio y aquellas posteriores a Chavín, como Formativo Tardío. Debemos señalar que utilizamos el término Formativo con el objeto de evitar los problemas ya mencionados que se derivan del uso del término Horizonte Temprano. El Formativo es entendido aquí como un periodo de tiempo, sin atribuirle contenidos de desarrollo cultural, que en opinión de Burger, es como debiera conceptualizarse (Burger 1988: 110), rescatando así las motivaciones originales del esquema de Rowe.

Sitios y estilos cerámicos del Formativo en la costa sur

Si comparamos la información disponible para nuestra área de estudio con aquella procedente tanto de la costa central, como de la costa y sierra norte, resulta evidente que en la costa sur se han descubierto pocos sitios correspondientes al Formativo Temprano y que la época no se conoce bien. Esta situación no se debe solamente al mayor trabajo de campo efectuado en aquellas otras regiones, sino también a que la costa sur tuvo poca población durante los inicios del Formativo.

Erizo y Mastodonte

Las evidencias arqueológicas en la región para este período surgen a partir de dos sitios aislados y con pocos contextos. Se trata de dos basurales (Erizo y Mastodonte) con poca profundidad y cerámica temprana (figura 3, Rowe 1967b: 26, 27; Pezzia

1968: 68). En Erizo —ubicado en Callango, valle bajo de Ica— se encontraron unos cuantos fragmentos de cerámica, de textiles llanos y abundantes restos de zapallos, pallares, maníes, ajíes, guayabas, mates, pacaes y algodón; aunque no maíz (Rowe op. cit.: 26). Por su parte, Mastodonte —ubicado en la pampa desértica de Villacurí, entre Pisco e Ica— conservó un fogón con escasos fragmentos de cerámica y restos vegetales incluyendo maíz (Rowe 1967b: 27).

Pezzia (1968: 69-70) sostiene que la cerámica Mastodonte es más avanzada que aquella de Erizo. Lamentablemente, poco se puede decir con respecto a esta afirmación, pues hasta donde conocemos, la única ilustración publicada de cerámica Mastodonte y Erizo ha sido presentada por el mismo autor (Pezzia op. cit.: fotograbado II, 1969).

Hacha

El sitio de Hacha, localizado en el valle de Acarí (figura 4), presenta mejor calidad y mayor cantidad de datos (cf. Robinson 1986, 1994; Riddell y Valdez 1987-1988). Se encuentra ubicado a veintitrés kilómetros del mar, sobre una amplia terraza arenosa que domina el río Acarí; y abarca un área de 800 por 200 metros, dentro de los cuales se han identificado al menos cinco estructuras de adobe y otras de quincha (figura 5). En el resto del sitio se encontró una gran dispersión de fragmentería cerámica entre otros restos materiales, incluyendo las famosas hachas que dieron nombre al sitio. Además se registró una regular cantidad de restos de camélidos, cuyes y probablemente venados. En la superficie del sitio se observó abundantes fragmentos de obsidiana y puntas de proyectil de tamaño pequeño, lo cual —sumado a la presencia significativa de restos de animales— sugiere que un buen porcentaje de la proteína animal de la dieta provenía de la caza y no de especies domésticas. Se sabe actualmente que la obsidiana del sitio proviene de dos fuentes serranas ubicadas en Huancavelica: Quispisisa y Pampas (Burger y Asaro 1992: 209). Son también comunes las conchas de mariscos, incluso más que los restos vegetales que incluyen algodón, mate, pallar, zapallo, guayaba, maní, ají, achira, camote y maíz.

Los fechados radiocarbónicos asignados al sitio señalan un rango de 1.000 a 700 años a.C. (Robinson 1994, 15, 1986: 7; Riddell y Valdez 1987-1988: 7; Rowe 1967b: 30). Dichos fechados son importantes en relación con la interpretación que se ha hecho de la cerámica asociada. Robinson (1994) afirma que existen dos complejos cerámicos en Hacha. Uno de ellos, Hacha 2, fue hallado en la superficie del sitio, por lo que ya era conocido antes de las excavaciones y frecuentemente identificado en la bibliografía como diagnóstico del Período Inicial.

FIGURA 4
Ubicación del sitio de Hacha en el valle de Acari.

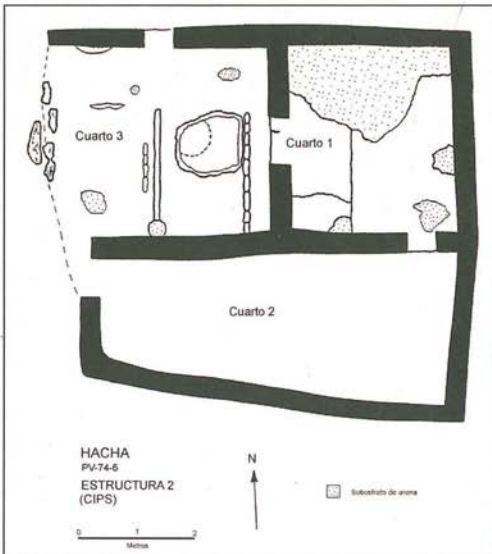
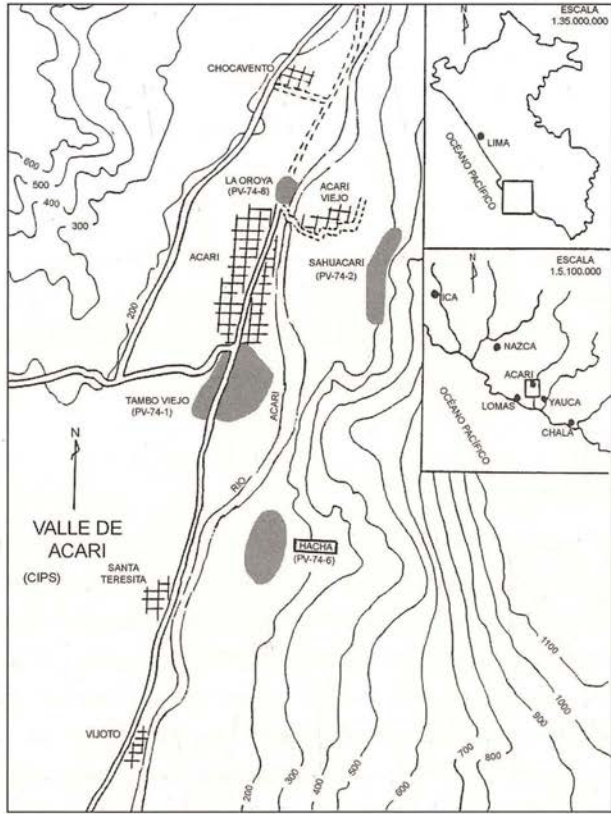


FIGURA 5
Arquitectura del sitio de Hacha.

Dicho complejo alfarero constituye además la base de muchas interpretaciones sobre la cerámica temprana del sur del Perú. Hacha 2 se caracteriza por la presencia de ollas con y sin cuello, cuencos carenados o con bordes biselados, vasos altos y cuencos con paredes divergentes y bases anulares (figuras 6, 7 y 8, Lanning

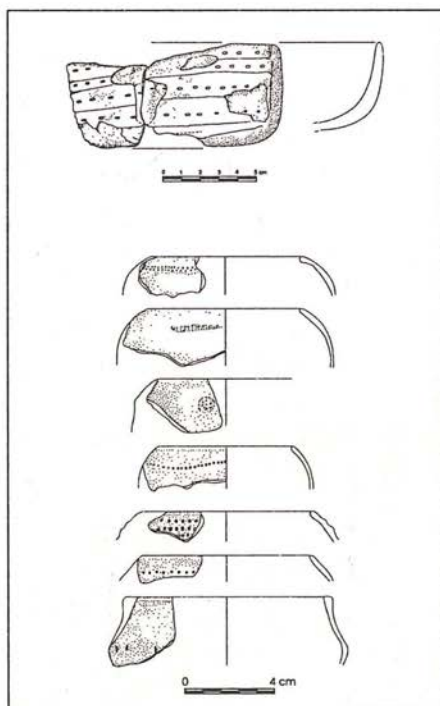


FIGURA 6
Cerámica hacha: olla sin cuello y otras formas.

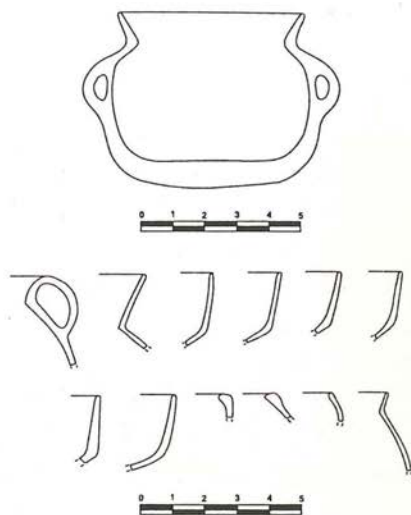


FIGURA 7
Cerámica hacha: olla con cuello y cuencos carenados.

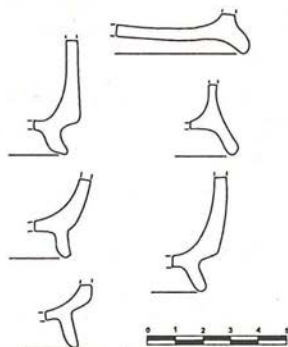
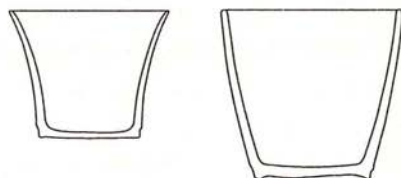


FIGURA 8
Cerámica hacha: bases anulares.

1960: 466-467; Mohr-Chávez 1977: 1038-1041). Cabe resaltar la presencia de botellas con picos pequeños y cilíndricos, y asas; es decir, botellas tempranas de doble pico y asa puente (Mohr-Chávez op. cit.: 1040; Menzel *et al.* 1964: 258). La decoración de la cerámica Hacha 2 recurría al uso del engobe rojo y el pulido, así como el bicolor logrado mediante la técnica de la pintura por reserva. También se cuentan algunos fragmentos decorados con pintura resinosa postcocción (Lanning 1961: 78).

Rowe (1967b: 26) afirma haber encontrado fragmentos de cerámica Hacha (Hacha 2) en Erizo. Pezzia (1968: 68), basándose en Rowe, señala que la cerámica de Erizo «es muy parecida a la de Hacha» (refiriéndose también a Hacha 2). La cerámica de este complejo Hacha 2, a su vez, presenta semejanzas con la cerámica Pikicallepata y Marcavalle A del Cuzco, Qaluyu de Puno (Mohr-Chávez 1977: 1038-1041) y Muyu Moqo de Andahuaylas (Grossman 1972). En cuanto a la cerámica Disco Verde de Paracas, también existen vínculos a partir del empleo de la pintura por reserva y la presencia de bases anulares (Lanning 1960: 466, 563-565; García y Pinilla 1995). Por su parte, la figura 14 de la publicación de Robinson (1994) revela que Hacha 2 tiene mucha semejanza con el complejo Tajo de Nazca y con Paracas (cf. Silverman 1994).

El otro complejo cerámico, Hacha 1, corresponde al descubierto por las excavaciones de Robinson (1994: figura 17). La muestra es reducida pero es posible reconocer, entre otras formas, la presencia de vasos altos de paredes convexas y cóncavas con bases anulares. Siguiendo la estratigrafía, Hacha 1 es anterior a Hacha 2, y se encuentra asociado a la arquitectura del sitio (Estructura 4). Es evidente que ambos complejos son diferentes en estilo. Robinson (op. cit.) parece sugerir que toda la arquitectura del sitio es contemporánea, por lo tanto los fechados radiocarbónicos corresponderían al complejo Hacha 1. De ello, Robinson (1994: 17) concluye que «los ceramios Hacha 2, que fueron originalmente empleados por Rowe y otros para asignar el sitio de Hacha al Período Inicial, representan el componente más reciente en la secuencia del sitio. La cerámica Hacha 2 no solamente se encuentra mezclada y sin asociaciones en el relleno de arena que cubre el sitio, sino que también se halla en el limbo temporal». Evidentemente, este es un problema que deberá corregirse con más trabajos de campo y con nuevos fechados radiocarbónicos provenientes de contextos asociados.

Disco Verde

Disco Verde es un sitio habitacional, multicomponente y estratificado, caracterizado también por la presencia de varios conchales. Se encuentra ubicado en el

litoral oeste de la Bahía de Paracas. Si bien fue Frédéric Engel (1976: 128-129) quien descubrió y nombró al sitio, fue Lanning (1960: 460) quien bautizó al estilo alfarero anterior a Chavín con este mismo nombre.

Este estilo fue aislado en los diez estratos inferiores del sitio-tipo, y fue hallado mezclado en un estrato superior con cerámica chavín y paracas (Engel 1991: figura 106). Los fechados publicados asignados a este estilo son 765 a.C. (NZ-685: 2.715 ± 60 a. del p.) y 755 a.C. (V-900: 2.705 a. del p.) (Burger 1988: cuadro 1). Sin embargo, García y Pinilla (1995) defienden la calibración de Anne Paul (1991: cuadro 1.1) y ubican la fase entre 1.000 y 800 a.C., contemporánea con Hacha 1.

Según lo señalara Lanning (1960: 460-461), las formas del estilo Disco Verde se caracterizan por ollas globulares sin cuello (véase también García y Pinilla 1995: figura 2a), cuencos con bases redondeadas en forma de anillo (García y Pinilla 1995) y ralladores.⁵ Lanning también menciona un borde de cuenco con perfil escalonado. Desafortunadamente, carecemos de información más precisa puesto que dicho fragmento no ha sido ilustrado. Es probable que el borde al que se refirió Lanning sea semejante a una vasija almenada procedente del sitio cercano de Puerto Nuevo (Engel 1966a: 140), la misma que, a su vez, es bastante parecida a una pieza cupisnique publicada por Rafael Larco (1945: 16). Debe mencionarse también que una botella de estilo Disco Verde, caracterizada por dos picos cortos cilíndricos y un asa puente —en realidad asa circular— (Engel 1966a: 152; 1991: 78, abajo), relaciona a este estilo con Hacha 2 y La Ramada del valle de Sihuas en la costa más sureña (Santos 1980: 24).⁶

⁵ Wallace (1962: 311) menciona cinco fragmentos de bases anulares distribuidos en sus estratos Cerrillos e Isla en el sitio Cerrillos, y los interpreta como evidencia de intercambio o de un estilo anterior desconocido en Ica. Aparentemente, Wallace no ignora que la base anular es un rasgo diagnóstico de la cerámica Disco Verde, Puerto Nuevo, Mastodonte y Hacha 1 y 2, pues hace referencia a Engel con respecto a la presencia de este rasgo «en asociaciones muy tempranas en Pisco». Es probable que con ello se haya referido a asociaciones Disco Verde y/o Puerto Nuevo.

⁶ Existe una confusión muy grave en la literatura sobre la cronología asignada al estilo La Ramada. Su descubridor, René Santos Ramírez (1980), presenta dos grupos de fechados radiocarbónicos diferentes para el estilo. Los fechados en cuestión son 880 ± 100 d.C., 860 ± 100 d.C. y 940 ± 80 d.C (Santos op. cit.: 23). Pero luego se mencionan las mismas fechas sin referencia a antes o después de Cristo, aunque se aclara que La Ramada pertenece al Horizonte Temprano. Santos (1980: 22) afirma que «[...] el acabado de la cerámica estilo La Ramada también sugiere una tradición temprana, que podría calificarse como supervivencia de la época formativa del altiplano peruano». En el cuadro cronológico ubica a La Ramada en el Horizonte Temprano. Desde nuestro punto de vista, existen semejanzas importantes con Disco Verde, en especial en cuanto al acabado y a los picos cilíndricos cortos. Por ello, consideramos que los fechados de Santos solo pueden ser leídos como «a.C.» Contrariamente, Lumbreras le concede a tales fechados una asignación «d.C.».

La decoración de la cerámica Disco Verde suele incluir una o dos filas de círculos estampados pequeños, líneas incisas, diseños negativos formando zigzags, grecas escalonadas (García y Pinilla 1995: figuras 2a, 2c, 3),⁷ grandes puntos en negativo (Engel 1966a: 151-152; 1991: figura 78)⁸ y el uso de un pigmento resinoso de color amarillo aplicado postcocción, sin incisión y en combinación con líneas diagonales debajo del borde de las vasijas.

Puerto Nuevo

En el sitio de Puerto Nuevo, caracterizado por montículos bajos ubicados en la playa entre San Andrés y Paracas, Engel recuperó fragmentos con pintura resinosa de notable densidad aplicada después de la cocción y con áreas de color separadas por líneas incisas. Este material de características espectaculares corresponde a la fase Puerto Nuevo de la secuencia propuesta por García y Pinilla (op. cit.). Los escasos fragmentos publicados están caracterizados por una compleja iconografía, y es posible que este material sea aquel identificado como chavín por Engel (cf. Engel 1955: figura 40; Kauffman 1973: figura 315 en donde el fragmento superior debe corresponder a una vasija muy semejante a aquella publicada por Lavalle y Lang 1983: 128). Además, un espécimen cerámico procedente de

porque para él La Ramada «es una ocupación pre-Wari en el valle de Sihuas, que entre otras cosas permitiría explicar la morfología de la cerámica Chuquibamba de esa región» (Lumbreras 1982: 8).

⁷ Menzel (1971: 22-23) menciona el hallazgo en el valle alto de Ica de dos cuencos marrones con círculos pequeños estampados alrededor del borde exterior, lo que le sugería paralelos con la cerámica Disco Verde anterior a Chavín. Menzel sugiere que el estilo Disco Verde se extendió hasta el valle de Ica antes del Horizonte Temprano.

⁸ Uno de los problemas más evidentes en el estudio de los estilos pre Paracas de la costa sur es la imprecisión de Engel en la mayoría de sus reportes (véase, por ejemplo, Engel 1966a; 1976; 1991). La insuficiencia de descripciones y figuras en lo que refiere a la cerámica ya había sido advertida años atrás por Lanning (1960: 462). No hay consenso respecto de la ubicación temporal de la cerámica negativa, si se incluye dentro del estilo Disco Verde (pre Chavín) o si se asocia más bien a la alfarería propiamente Chavín. En una publicación posterior, Engel (1976: 128-129) afirma que los ejemplares negativos pertenecen al estilo Disco Verde. Recientemente, el autor ha señalado que las vasijas son temporalmente Disco Verde (quizá quiere decir estilísticamente Disco Verde) pero que provienen de Cabezas Largas (Engel 1991: figura 78). Por su parte, Lanning (op. cit.: 461) asocia estas vasijas negativas con los estratos chavinoides de Disco Verde, a partir de la presencia de los diseños de grandes puntos negativos compartidos con la cerámica Ocucaje 3 de Cerrillos excavada por Wallace (1962). Igualmente, es probable que la botella con asa incipiente y dos picos cortos se relacione con los estilos Pikikalpepa y Marcavalle del Cuzco (véase Mohr-Chávez 1977: 923, 1039-1040) y con Muyo Moqo C-D de Andahuaylas fechado antes de 1.000 o 1.200 a.C. (Mohr-Chávez op. cit.: 1045). Debe notarse que los grandes puntos negativos también se encuentran presentes en los niveles Disco Verde. García y Pinilla (1995) indican que los ceramios Disco Verde «no tienen vinculación estilística alguna con ninguna de las fases conocidas para la alfarería de Chavín de Huántar».

Puerto Nuevo, según Engel (op. cit.: 147), presenta una clara filiación Cupisnique (cf. Larco 1945: 11, abajo, extremo derecho). También puede compararse algunos cuencos de base plana y bordes almenados de Puerto Nuevo (Engel 1966a: figura D-2) con uno similar ilustrado por Larco (1941: figura 75). Finalmente, García y Pinilla (1995) perciben un tratamiento «definitivamente norteño» en los diseños iconográficos de la cerámica de Puerto Nuevo.

Nosotros creemos que es posible proponer mayores alcances. Hemos planteado anteriormente que hubo un contacto directo entre Puerto Nuevo y Cupisnique. Más aún, hemos propuesto a modo de hipótesis que Puerto Nuevo habría sido un puerto de comercio que posibilitó la presencia de gente cupisnique en Paracas (Silverman 1996: 119-120). Asimismo, he sugerido que la región Pisco-Paracas desempeñó un papel particularmente importante durante el Formativo Temprano, puesto que el área de Pisco es la ruta natural directa entre la costa y la sierra de Huancavelica, que es donde se ubica Quispisisa, la fuente principal del tipo de obsidiana que se halla ampliamente distribuida en los Andes centrales (Burger y Asaro 1992: 207).⁹ En apoyo a esta idea debe considerarse que la Bahía de Paracas proporciona una rica gama de recursos marinos, y que la península del mismo nombre, al extenderse como una proyección de tierra en el mar, rompe lo que de otro modo hubiera sido una ruta de comunicación continua a lo largo del litoral. No es imposible que el intercambio costeño de bienes e ideas haya tenido aquí una suerte de estación, dadas las facilidades de aprovisionamiento y comunicación, y que ello haya sido aprovechado por los habitantes locales, por gente cupisnique establecida aquí, o bien por ambas poblaciones, a fin de ejercer control sobre dicho tráfico de bienes. Desde nuestro punto de vista, solo esta situación particular explica el reiterado interés que la sociedad cupisnique tuvo por esta región durante este momento.

García y Pinilla (1995) han indicado que el uso de bases anulares, la pintura por reserva y la pintura resinosa postcocción ocurren en forma continua desde Disco Verde. Los análisis radiocarbónicos que conocemos proporcionan fechados de 670 a.C. (NZ-877: 2.620 ± 60 a. del p.) y 659 a.C. (V-899: 2.609 a. del p.) para Puerto Nuevo (véase Burger 1988: cuadro 1). No obstante, García y Pinilla (op. cit.) ubican al estilo entre 800 y 600 a.C. por tres razones: 1) toman en cuenta el comentario de Engel (1966a: 135), quien afirmó que el sitio de Puerto Nuevo era «algo más joven» que Disco Verde; 2) el estilo es anterior a la difusión del

⁹ Sin embargo, hasta el momento no se ha encontrado información publicada acerca de la presencia de obsidiana en sitios cupisnique.

horizonte Chavín; y 3) interpretan de forma particular la calibración de Anne Paul (1991: figuras 1, 2, cuadro 1.1). De acuerdo a García y Pinilla (*ibid.*: 65), estos fechados señalarían el momento en que sucedieron «los primeros contactos de la costa sur con culturas norteñas».

Comparaciones entre las formaciones sociales de la costa sur y central durante el Formativo Temprano (figura 9)

Durante este periodo los pobladores de la costa sur se organizaron en grupos pequeños, asentados en las proximidades de los recursos básicos. No se han registrado evidencias de riego artificial, siendo aparente que los poblados aprovecharon las fuentes naturales de agua fácilmente accesibles. Así, los sitios con cerámica temprana ubicados en zonas áridas, como Callango y la Pampa de Villacurí, probablemente se explican por la presencia de puquios. Por su parte, los moradores de Disco Verde y Puerto Nuevo se dedicaron a la pesca en las ricas aguas de la Bahía de Paracas, tal como sucede hoy en día. Engel (1991: 64) afirma que la ubicación de Puerto Nuevo «era especialmente favorable para el hombre porque se extiende entre el océano y una amplia zona de ciénagas y pantanos, producto del resurgimiento del flujo subterráneo del río Pisco y de aguas freáticas que bajaban de la cordillera [...] abundaba allí el agua dulce y los grandes juncales» (véase Silverman 1996: figura 9). Burger y Asaro (1992: 209) han observado que la presencia de obsidiana originaria de dos fuentes en Hacha «refuerza el argumento según el cual la comunicación directa entre la costa y la sierra existió durante el Período Inicial, y que esta supuso una red que permitió el intercambio de bienes exóticos, incluida la obsidiana». Burger también ha señalado que «Aunque Hacha se asemeja a los sitios más norteños del Período Inicial en lo que refiere a los cultivos, la gran cantidad de hachas de piedra y de puntas pequeñas de proyectil en el sitio no tiene correlato en aquellos asentamientos del Período Inicial de la costa norte y central. Es probable que la economía agrícola en Hacha haya sido significativamente diferente de aquellas áreas» (Burger 1992: 103).

Rowe (1963: 5) describe el sitio de Hacha como un centro urbano. Nosotros consideramos esta clasificación como exagerada; más bien sostenemos que se trata de un sitio doméstico, con una función ceremonial-comunal plenamente local (véase también Riddell y Valdez 1987-1988: 8-9, figura 10). Las características de la arquitectura ceremonial de Hacha contrastan plenamente con la típica arquitectura ceremonial de aspecto monumental y planificado de la costa norte y central del mismo periodo.

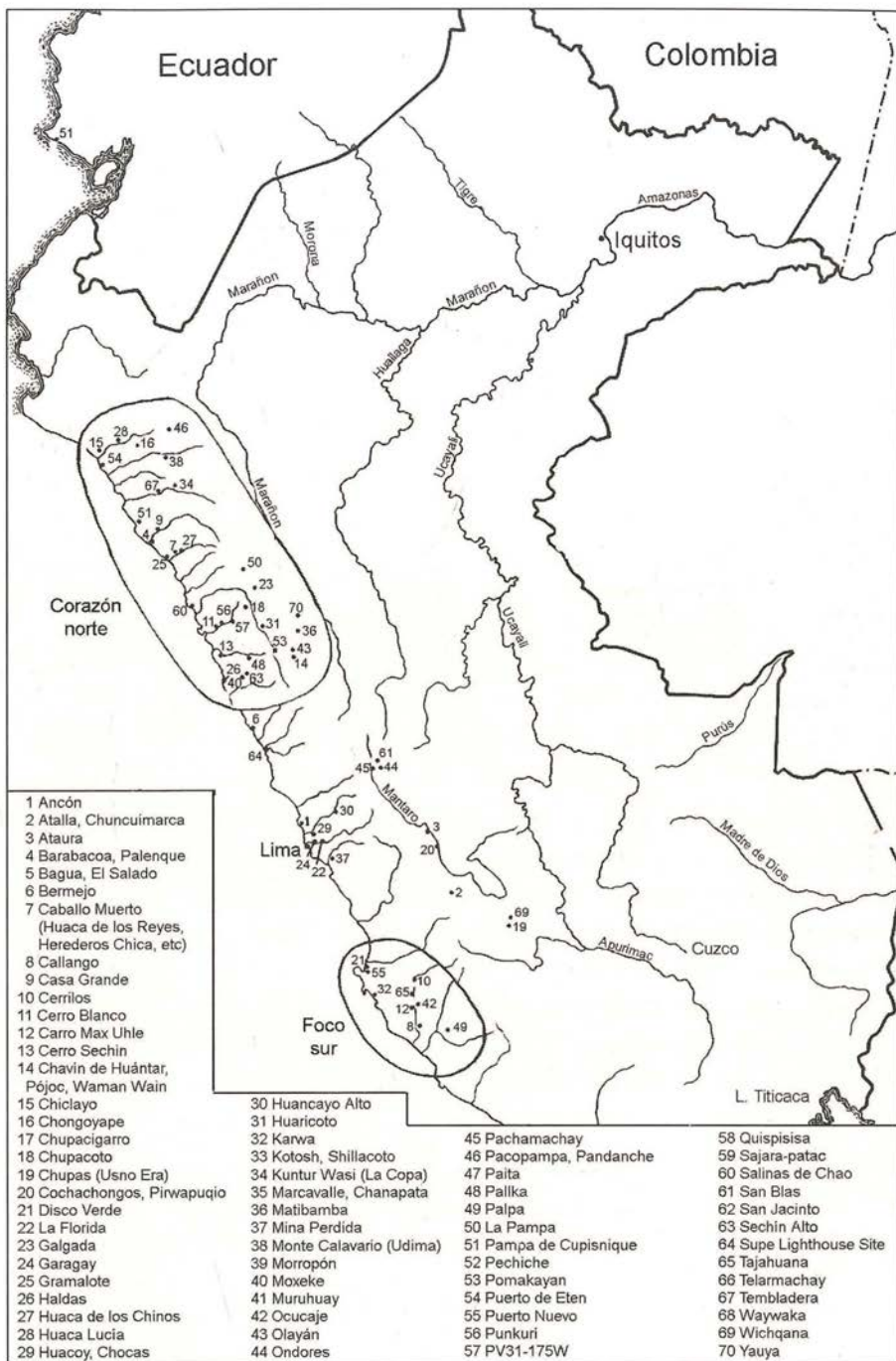
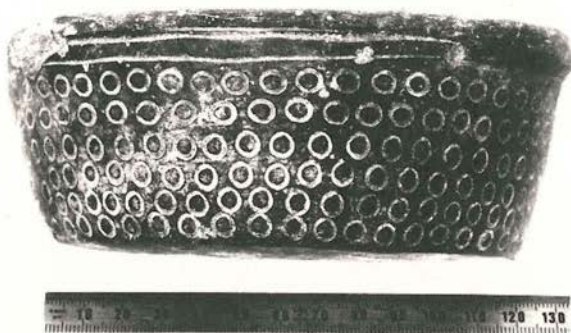


FIGURA 9

Sitios del Horizonte Temprano.

FIGURA 10
Cerámica del estilo Ocucaje
3/Janabarruu del valle de Nazca.



La costa central y la costa y sierra norte cuentan con abundantes casos de sitios monumentales asignados al Precerámico Tardío y el Periodo Inicial (Donnan 1985; Williams 1978-1980 *inter alia*). El valle de Lurín también registra un mínimo de seis centros monumentales para el Formativo Temprano, aparentemente contemporáneos; mientras que en los valles al sur de Lurín no existen centros ceremoniales similares durante el mismo período¹⁰ (Williams *op. cit.*, Moseley 1992). Debe tomarse en cuenta también que los grandes complejos costeros del Formativo Temprano involucraron la mano de obra tanto de los residentes en dichos sitios, como aquella de las poblaciones más pequeñas ubicadas en zonas aledañas.

Algunos arqueólogos como Thomas y Shelia Pozorški (1987; Pozorski 1987) y Jonathan Haas (1987) sostienen que los primeros estados prístinos de los Andes centrales surgieron durante el Formativo Temprano, tomando como base la escala y complejidad de la arquitectura monumental, especialmente presente en el valle de Casma. Con respecto a estas propuestas, Burger (1992) afirma que tales centros ceremoniales no están asociados a una complejidad social de escala similar,¹¹ y que muchos complejos arquitectónicos, como aquellos del valle de Lurín, se construyeron durante varias etapas, a través de varios siglos, lo que dio como resultado su aspecto monumental final. No obstante, compartimos con Moseley (1975) la idea de que edificar construcciones monumentales preadaptó a las poblaciones a un control social por parte de las élites emergentes. Tales centros suponen una población permanente, una planificación coherente y muy conservadora, y una

¹⁰ Es importante investigar el sitio El Salitre en Mala, antes de concluir que pertenece a este patrón.

¹¹ Por ejemplo, los entierros de Cardal registrados por Burger y Salazar (1991) no demuestran grandes diferencias socioeconómicas entre sí. Según estos autores, ni los sitios de habitación, ni la economía doméstica y no doméstica, fueron tan grandes o diferenciados como para sugerir la existencia de una jerarquía autoritaria.

ideología duradera. Por ello, consideramos que el argumento de que el carácter monumental de muchos sitios del Formativo Temprano se debe a sus múltiples fases constructivas, no reconoce el verdadero significado social de estas construcciones religiosas, pues minimiza la impresionante continuidad física e ideología implicada en ellos.

Pero si bien puede discutirse todo esto con relación al Formativo Temprano de la costa norte y central, inspira viva curiosidad que los valles de la costa sur carezcan de este tipo y escala de integración social. ¿Qué es lo que explica esta situación diferente puesta en evidencia por las características de los asentamientos y la arquitectura? Sugerimos una posible respuesta en las siguientes líneas.

Cualquier aproximación inicial al problema debe partir de constatar que los valles de Chilca y Asia, al sur de Lurín, son muy pequeños, estrechos y, al menos actualmente, deficitarios de agua. Entre ambos valles se encuentra ubicado el valle de Mala, que está mejor dotado hidrológicamente (ONERN 1976), aunque el total del área agrícola calculado para los tres valles juntos —hace más de treinta años (ONERN op. cit.)— fue solamente de 7.730 hectáreas. Por otro lado, a 80 kilómetros al sur del río Lurín, se encuentra el valle de Cañete, grande y rico. Este valle es comparable con el de Lurín en cuanto a recursos y conexiones naturales con la sierra, pero carece de arquitectura monumental durante el Período Formativo. Más aún, Cañete no es solo un valle distante del de Lurín por el norte, sino también del valle de Chíncha por el sur, que es grande, pero igualmente sin un desarrollo cultural avanzado e integrado al Formativo Temprano.

Si consideramos al valle de Lurín como el límite sureño de la tradición monumental característica del Formativo Temprano, es factible sugerir que la separación geográfica entre este valle y el de Cañete fue demasiado grande como para permitir la difusión de la arquitectura e ideología del Formativo Temprano desde la costa central. Aparentemente, los valles de Chilca, Mala y Asia constituyeron algún tipo de frontera cultural, en algún sentido permeable, pero de cualquier modo bastante periférica con relación a los desarrollos y procesos culturales del norte. Este complejo de valles está separado del valle de Chíncha al sur por una distancia que impidió el establecimiento de una cantidad suficiente de población que posibilitara procesos de interacción, comunicación y consecuente consolidación de una red de intercambio. Hasta la fecha, la única evidencia de contacto directo entre la costa sur y la costa central durante el periodo en cuestión ha sido mencionada por Lanning (1960: 516), quien halló un fragmento de base anular tipo Disco Verde en el estrato Curayacu 2 de Curayacu.

Una explicación alternativa a esta ausencia de centros ceremoniales desde el Periodo Inicial tendría que ver con algunos factores ideológicos, cruciales pero poco visibles. Recuérdese, por ejemplo, que Cañete nunca logró un nivel significativo de centralización social y política, y que aún en épocas tardías los huarco se caracterizaron por un sentido feroz de independencia frente a los incas. Es posible que tal nivel de aislamiento haya caracterizado al valle desde tiempos muy tempranos.

En nuestra opinión, la expansión de las redes de intercomunicación durante el Precerámico Tardío y el Periodo Inicial en y entre la costa y sierra norte y la costa central fue el factor principal que promovió el desarrollo de la complejidad social a nivel regional (Quilter y Stocker 1983; Burger 1985). Esta situación no fue posible en la costa sur sino hasta muchos siglos después, incluso a pesar de los contactos sugeridos por los estilos de cerámica y de la esfera de interacción que supuso la distribución de la obsidiana obtenida en la sierra aledaña (Burger y Asaro 1992). Varias líneas de evidencia apoyan la idea de que el área de Pisco-Paracas tuvo una posición privilegiada en este contexto. No obstante, necesitamos más trabajo de campo intensivo y extensivo en el sur para aclarar el panorama.

Aunque el desarrollo de las sociedades complejas no debería interpretarse como una carrera por alcanzar la meta de la complejidad cultural, y aunque tal trayectoria no es unilineal ni unidireccional, visto con un lente de larga duración y gran perspectiva, la situación general se nos ofrece como una dinámica acumulativa, constante pero dispar, hacia la complejidad social: la costa norte con procesos más dinámicos e innovadores, la costa central en una posición muy expectante, y la costa sur con un desarrollo más lento y precario, aunque no exenta de belleza artística, sofisticación en el rito mortuario y manifestaciones ceremoniales relevantes.

Evidencias de la influencia Chavín en la costa sur durante el Formativo Medio

Dos son los focos de influencia Chavín en la región durante el Formativo Medio: la Bahía de la Independencia y el valle de Ica.

- Bahía de la Independencia: es ampliamente conocido que una tumba huaqueada de Karwa, sitio ubicado en medio de la Bahía de la Independencia, proporcionó centenares de tejidos de algodón ricamente pintados con motivos iconográficos chavín (la descripción más completa de dichos tejidos se encuentra en Cordy-Collins 1976; cf. también Burger 1988; Wallace 1991).

Por su parte, Engel (1981: 29) ha afirmado que halló «una aldea construida por moradores que usaron cerámica absolutamente Chavín clásico» debajo de las ocupaciones posteriores. También se ha mencionado que en Morro Quemado, en el extremo sur de la Bahía de la Independencia, ocurrió un hallazgo similar: telas pintadas con diseños y deidades del panteón chavín (cf. García y Pinilla 1995 con referencia a Brugnoli y Hoces 1991). García y Pinilla (op. cit.: 51-56, figuras 8, 9) también han definido la fase de cerámica Karwa 8 (sic.), contemporánea con los tejidos de aquellas tumbas. Burger (1992: figura 203), por su parte, ilustra tres fragmentos similares a aquellos de la fase Janabarriu y comenta que «otros dicen provienen de las tumbas Chavín de Karwa».

- Valle de Ica: Menzel (*et al.* 1964) han definido diez fases para la cerámica paracas —secuencia de Ocucaje— en el valle de Ica, y han percibido la influencia chavín desde la fase Ocucaje 1 hasta Ocucaje 8. Sin embargo, Burger (1988), DeLeonardis (1991) y Massey (1986) han puesto en duda la existencia de las dos primeras fases, aunque Burger ha dejado abierta la posibilidad de descubrir cerámica paracas anterior a Ocucaje 3 en el futuro. Este mismo autor (Burger op. cit.) sostiene que la influencia chavín correspondiente a su fase Janabarriu llegó al valle de Ica durante la fase Ocucaje 3. La cerámica Ocucaje 3, como aquella de muchas otras regiones de los Andes centrales durante este momento, muestra claros rasgos de la influencia chavín de la sierra norte (cf. Burger op. cit.: figura 4.12, table 2). Burger también ha planteado que el estilo Paracas se originó de la combinación de rasgos locales no chavín con rasgos chavín (Janabarriu) intrusivos (Burger 1988: 135; cf. también Wallace 1962: 313). Esta idea ha sido precisada por García y Pinilla (1995), quienes indican que tal proceso de mestizaje tuvo su origen en Puerto Nuevo (García y Pinilla 1995: cuadro 2). Entre otras características, el estilo Puerto Nuevo ofrece una iconografía compleja plasmada mediante el empleo de líneas incisas y pintura resinosa aplicada postcocción (cf. García y Pinilla op. cit.: 49-51; figuras. 5, 6).

La famosa botella Olsen¹² (cf. Menzel *et al.* 1964: figura 1 a, b, plate 1; Sawyer 1975: plate 2), usada como ejemplo concreto de la fase Ocucaje 3, exhibe una combinación notable de rasgos chavín-janabarriu (Burger 1988: figura 4.6) y no chavín —nosotros pensamos que son rasgos de Puerto Nuevo— que incluyen

¹² Actualmente perteneciente a las colecciones del Krannert Art Museum de la Universidad de Illinois.

la cara de felino, la pintura postcocción y los círculos incisos con punto central. La forma misma de la vasija —una botella de asa estribo— es foránea, lo que indica que podría provenir de Cupisnique en la costa norte, Chavín, o quizá indirectamente vía Ayacucho (cf. por ejemplo Ochatoma *et al.* 1984). Pero si bien el aspecto general (forma y diseño) de dicha botella presenta rasgos fuertemente cupisnique (cf. Alva 1986: figura 169 a, b, c), sospechamos que ella fue manufacturada en la costa sur pues, al igual que las botellas Blume (Lumbreras 1974a: figura 83) y Tishman (Menzel *et al.* 1964: figura 11a), exhibe un asa estribo transversal a la cara felínica, y no en forma paralela como suele suceder en las botellas del norte ilustradas por Alva. Parece posible, entonces, que los alfareros sureños hayan imitado las formas y diseños cupisnique, pero manteniendo su preferencia por las asas estribo con orientación distinta.

Se sabe que del valle bajo de Ica (Burger 1992: figura 211; Brugnoli y Hoces 1991, Rowe 1962b: figuras 29, 30) se ha extraído de manera clandestina una gran cantidad de tejidos similares a los de Carhuas.¹³ Carlos Elera (1997: 190, figura 9) presenta uno de estos textiles señalando que los diseños se encuentran pintados según la tradición Cupisnique. No obstante, llama la atención que en el valle de Ica se hayan identificado muy pocos sitios con cerámica contemporánea con los tejidos pintados. Uno de aquellos sitios es Cerrillos en el valle alto de Ica (Wallace 1962), cuya cerámica de los niveles inferiores se correlaciona con Ocucaje 3 (Menzel *et al.* 1964: 20-21). Otros sitios pequeños con cerámica de la fase Paracas Temprano (Ocucaje) han sido identificados en el valle bajo (DeLeonardis 1991, 1997) y DeLeonardis (1997) ha realizado excavaciones en uno de ellos, el sitio habitacional PV62D13 en Callango.

A partir de sus excavaciones en este sitio, DeLeonardis ha definido tres fases de ocupación correspondientes a Paracas: Paracas Temprano, Paracas Medio y Paracas Tardío.¹⁴ Creemos que es importante considerar la fase Paracas Temprano de

¹³ Existe una larga historia de contactos entre el valle de Ica y la Bahía de la Independencia que se prolonga hasta la actualidad. Massey (1986: 293, 295) sugiere la existencia de un activo intercambio costa-sierra adentro durante la época 9 del Horizonte Temprano, o que un segmento de la población valluna se ocupó allí de la explotación marítima. Pensamos que ambos escenarios pueden ser complementarios. Como quiera que fuese, existe un debate e incertidumbre en la literatura especializada acerca de la procedencia de varios de estos tejidos.

¹⁴ De Leonardis (1997: 245-246) crea una confusión evidente cuando establece sus fases Paracas Temprano, Medio y Tardío con referencia solo a un sitio, independientemente de las otras cronologías en uso para la cerámica paracas. La fase Paracas Tardío de DeLeonardis abarca solo hasta Ocucaje 8, no incluye Ocucaje 9 y 10 porque estas fases no se encuentran en PV62D13. Para otros investigadores, la fase Paracas Tardío de DeLeonardis correspondería a un Paracas Medio, reservándose el término Paracas Tardío para Ocucaje 8-10. En este artículo empleamos la

DeLeonardis (1997: 260), por cuanto su cerámica es comparable con la de Cerrillos descrita por Wallace (1962), las fases 2, 2-3, 3 y 4 de la secuencia de Ocucaje (Menzel *et al.* 1964), y el estilo Puerto Nuevo de Engel (1963). Debemos señalar que los fragmentos Paracas Temprano ilustrados por DeLeonardis no parecen tener la variabilidad ni la complejidad del material de Cerrillos y Ocucaje; quizá debido a que la cerámica de PV62D13 proviene de contextos domésticos y la de Ocucaje de contextos funerarios. No se observa tampoco semejanzas significativas entre la cerámica Paracas Temprano de DeLeonardis y la cerámica de Puerto Nuevo, salvo el rasgo compartido de los bordes almenados (compárese DeLeonardis *op. cit.*: figura 7.15c, 7.30; y Engel *op. cit.*: 140D2). A pesar de esta observación, debemos indicar que la relación entre los estilos Paracas y Puerto Nuevo no puede desconocerse. Más aún, en nuestra opinión la cerámica Paracas Temprano puede asignarse, casi en su totalidad, a la fase Ocucaje 3.

DeLeonardis (1997: figura 7.30; cf. también DeLeonardis 1991: figura 3.1) demuestra que en el sitio PV62D13 existe una continuidad de formas cerámicas desde Paracas Temprano hasta Paracas Tardío. Es evidente, por ejemplo, que al menos un fragmento decorado Paracas Temprano (DeLeonardis 1997: 249-250, figura 7.10b) posee una iconografía más desarrollada que el resto. A menos que dicho fragmento se haya filtrado hacia los estratos inferiores por causas postdeposicionales, debería considerársele como un caso que anticipa la fase Paracas Medio. Sobre la base de esta continuidad, creemos que puede plantearse que Ocucaje 3 es una fase Paracas.¹⁵

denominación Paracas Tardío en el sentido genérico comúnmente establecido, a menos que se señale referencia específica a la fase Paracas Tardío de DeLeonardis.

¹⁵ En una anterior oportunidad hemos afirmado que Ocucaje 3 no es un estilo Paracas sino más bien una fase Chavín (Silverman 1996: 123). Aquella opinión asumía que la secuencia Paracas en Ica se iniciaba después de Ocucaje 3. Sin duda esta apreciación se debió a nuestra percepción de una fuerte influencia de Janabarriu sobre Ocucaje 3 anotada por Burger (1988). García y Pinilla (1995), sin diferenciar la región de Paracas de la de Ica, también han considerado una fuerte influencia chavín que irrumpió en el desarrollo estilístico local, aunque ellos afirman que su cronología ha sido establecida solo para la región de Paracas (García y Pinilla *op. cit.*: 56). No obstante, recientemente hemos reconsiderado nuestra posición sobre Ocucaje 3, muy especialmente sobre la base de los datos proporcionados por DeLeonardis (1997) en su tesis de doctorado. Igualmente, dada su importancia, hemos reconsiderado también algunas ideas de Burger (*op. cit.*) por ser muy útiles en el estado actual de conocimientos: «[...] las fases 3 y 4 de la secuencia Paracas demuestran similitudes notables con la fase Janabarriu de Chavín de Huántar. Sin embargo, la pintura policroma resinosa en zonas y la pintura por reserva son técnicas decorativas más comunes que las filas de círculos concéntricos estampados o incisos relacionados a Chavín[...] Si bien las botellas de asa estribo con picos curvados y convexos fueron manufacturadas, parecen ocurrir con menos frecuencia que las botellas de doble

En este punto es importante considerar el caso de la obsidiana. Burger y Asaro (1992: 229) han señalado que la obsidiana de Quispisisa (Huancavelica) experimentó una fuerte demanda durante el Horizonte Temprano. En cuanto al área que nos corresponde, ambos autores (Burger y Asaro op. cit.: 214) indican que «Wallace encontró dos puntas de obsidiana y una lasca asociadas con materiales de la fase Ocucaje 3 en Cerrillos, Ica», y determinaron así que la obsidiana en cuestión también provenía de la fuente de Quispisisa. Consecuentemente, las evidencias indican que la región de Ica estaba incluida dentro de la red de intercambio y tráfico de bienes y materias primas promovidos desde Chavín. Como se sabe, Quispisisa se encuentra ubicada en las alturas del valle de Pisco, cerca del punto Cerro Blanco, que es desde donde se puede transitar fácilmente hacia los territorios de Huancavelica ubicados a mayor altitud (cf. Massey 1986: 329-330). Es significativo que DeLeonardis no hallase obsidiana en asociación con cerámica de la fase Paracas Temprano en el sitio PV62D13. Por lo tanto, se hace necesario determinar, mediante futuras investigaciones, si existe obsidiana proveniente de Quispisisa en contextos Ocucaje 3/Paracas Temprano en el valle bajo de Pisco.

Igualmente importante es el reporte de Wallace respecto de la presencia de maíz de la sierra (*Confite chavinense* y *Proto Confite morocho*) en la basura de la fase Cerrillos (Wallace 1962: 312). El *Confite chavinense* se originó en la sierra norte y el *Proto Confite morocho* en la sierra de Ayacucho. Si tomamos en cuenta que Burger y van der Merwe (1990) han concluido que la base dietética de Chavín de Huántar estuvo compuesta por productos de altura como la quinua y la papa, y que el maíz fue un producto de consumo de segunda importancia —salvo quizá en la modalidad de chicha—, entonces resulta difícil postular que el maíz hallado por Wallace en Cerrillos se haya difundido desde Chavín o en asociación a Chavín.

Cronología absoluta e influencia chavín en la costa sur¹⁶

Dwight C. Wallace ha obtenido cuatro fechados radiocarbónicos a partir de su trabajo de campo en Cerrillos en el valle alto de Ica (cf. Burger 1988: cuadro 1; y Wallace 1991: 101, 108).¹⁷ DeLeonardis también ha obtenido otros seis

pico y puente[...]» (1988: 135-136. Las negritas son nuestras). Consecuentemente, la presente publicación nos da la oportunidad de rectificar algunas ideas importantes.

¹⁶ A fin de facilitar la comparación, en la discusión que sigue todas las fechas son presentadas sin corrección ni calibración.

¹⁷ Aprovechamos la oportunidad para corregir dos errores cometidos en el texto que se discute (Silverman 1996). Tales errores se debieron a problemas e insuficiencias durante la corrección de pruebas y edición del texto. En primer lugar, en la página 123 del artículo dice «[...] i.e., those between

Cuadro 1
Fechados radiocarbónicos y fases cerámicas con influencia Chavín
en la costa sur

Fase cerámica	Arqueólogo	Fecha sin calibrar (a. del p.)	Rango (a.C.)	Fecha (a.C.)
Isla	Wallace	2.195 ± 64	309 - 181	245
Isla	Wallace	2.302 ± 125	477 - 227	352
Paracas Tardío	DeLeonardis	2.380 ± 50	480 - 380	430
Paracas Medio	DeLeonardis	2.460 ± 50	560 - 460	510
Paracas Medio	DeLeonardis	2.530 ± 40	620 - 540	580
Paracas Medio	DeLeonardis	2.530 ± 50	630 - 530	580
Paracas Medio	DeLeonardis	2.540 ± 50	640 - 590	590
Cerrillos	Wallace	2.408 ± 214	672 - 244	458
Cerrillos	Wallace	2.685 ± 140	875 - 595	735
Paracas Temprano	DeLeonardis	2.690 ± 90	830 - 650	740

fechados asociados a cerámica paracas en el sitio PV62D13. Los seis fechados de DeLeonardis constituyen una secuencia coherente con las fases de cerámica que ella define y con las fases y fechados propuestos por Wallace. Las fases planteadas por ambos cuentan además con correlaciones estratigráficas. Por ello, es oportuno reproducir aquellos resultados en este trabajo (cf. cuadro 1).

Es importante señalar que tanto el fechado que DeLeonardis asigna a Paracas Temprano, como uno de los fechados de Wallace para Cerrillos, son contemporáneos con las dos fechas obtenidas de estratos asignados a Disco Verde mezclados con «cerámica Chavín» en el sitio de Puerto Nuevo. Tales fechas, 2.609 a. del p. y 2.620 ± 60 a. del p. apoyan la conclusión de García y Pinilla (1995: 65) que «[...] los orígenes de la tradición estilística y religiosa de la cultura Paracas se remontarían a la fase Puerto Nuevo[...]». Siguiendo con estos autores, se torna crucial entonces investigar «[...] el papel que jugó la cultura Cupisnique en la difusión de los iconos Chavín».

En la cronología relativa de DeLeonardis, la fase Paracas Tardío guarda relaciones de contemporaneidad con lo que ella identifica como Ocucaje 6, 7 y 8 (DeLeonardis

Ocucaje 3 and Ocucaje 7 (Cerrillos phase)[...]. Debe decir «[...] i.e., those Ocucaje 3 (Cerrillos phase) and Ocucaje 7 (Isla phase)[...]». En segundo lugar, la fecha P-518 de Wallace se encuentra erróneamente citada. La fecha correcta es 2.195 ± 64.

1997: 132), y con Callango 8 (DeLeonardis op. cit.: 256-257). Igualmente, la fase Paracas Tardío parece comprender la fase Isla que Wallace (1962) definió en Cerrillos y que básicamente se compone de cerámica Ocucaje 7, aunque también incluye fragmentos Ocucaje 5, 8 y 9 (Menzel *et al.* 1964: 4, 75). Al parecer, estas fases son contemporáneas con las fases Chakinani (460-390 a.C.) y Janabarriu (390-200 a.C.) de Chavín de Huántar (véase Burger 1981).

Burger (1988: figura 4.12) considera que la fase de cerámica Janabarriu de Chavín de Huántar representa el verdadero estilo-horizonte Chavín. El rango de tiempo que Burger le concede a Janabarriu (390-200 a.C.) es coherente con dos de los cuatro fechados asignados a la ocupación Huarás que pone fin a la ocupación chavín en Chavín de Huántar. Dichos fechados presentados por Luis G. Lumbreras (1993: apéndice VI) son: 2.100 ± 100 (150 a.C.), 1.780 ± 110 (170 a.C.), 2.640 ± 70 (690 a.C.) y 2.480 ± 70 (530 a.C.). Considero que las fechas de 2.100 ± 100 (150 a.C.) y 1.780 ± 110 (170 a.C.) son coherentes para la ocupación huarás por tres razones:

1. Ninguna fecha correspondiente a la ocupación chavín en Chavín de Huántar es posterior a estos dos fechados.
2. Ambos fechados son coherentes con el período conocido como Blanco sobre Rojo. Por ejemplo, Brennan (1980: 3) ha publicado la fecha de 2.090 ± 110 para la ocupación salinar de Cerro Arena en Moche.
3. Se conoce el fechado de 1.820 ± 80 (130 d.C.) para la fase Callejón, que es la última ocupación de Chavín de Huántar. Dicho fechado guarda correspondencia con las fechas asignadas a Huarás en el mismo sitio de Chavín de Huántar.

Sin embargo, en honor a la verdad, debe señalarse que la evidencia estratigráfica no apoya ni rechaza los otros dos fechados. La fecha de 2.480 ± 70 proviene de un contexto excavado por Lumbreras y hallado superpuesto sobre un depósito janabarriu, que a su vez fue fechado en 2.380 ± 70 y excavado por Richard Burger. Las fechas de 2.480 ± 70 y 2.640 ± 70 concuerdan entre sí, pero contra lo esperado, y como Lumbreras mismo lo advierte, no se aproximan al fechado de 2.100 ± 100 (Lumbreras 1993: apéndice VI, comentario sobre HAR-1104 y GIF-1079). Desde luego, esta incongruencia merece una explicación, la cual no tenemos en estos momentos.

Sobre la base de las fechas discutidas, y a partir de los parámetros cronológicos absolutos asignados por Burger a Janabarriu (390-200 a.C.), debería aceptarse que Ocucaje 3, Cerrillos y Paracas Temprano anteceden a Janabarriu. La anterioridad

estratigráfica de Urabarriu con relación a Janabarriu ha sido demostrada gráficamente por Burger (1984: figura 7), lo mismo que la anterioridad de Chakinani con referencia a Janabarriu (Burger op. cit.: figura 8).¹⁸ Basado en sus fechados de la fase Cerrillos, Wallace (1991: 101) concluyó que Cerrillos antecedió a la fase Janabarriu. DeLeonardis también ha llegado a una conclusión similar a partir de los fechados que ha obtenido en sus trabajos.

Como se observa, el panorama no es del todo consistente. Quizá pueda entenderse estos desajustes entre los parámetros de cronología absoluta de Ocucaje 3 y Janabarriu, a partir de alguna de las cinco explicaciones que a continuación ensayamos.

1. *La discordancia es veraz*: efectivamente, la fase Ocucaje 3 antecede a la fase Janabarriu. Las influencias «chavín» en la cerámica Ocucaje 3 resultan del contacto con sociedades anteriores a Janabarriu. Bajo esta idea, tal fuente de influencia podría ser Cupisnique.
2. *Las inconsistencias se deben a problemas de interpretación de las fechas radiocarbónicas*: a menudo se ha olvidado que el nivel de confianza de los fechados radiocarbónicos es de 68%, o caso contrario se ha preferido trabajar con un rango ampliado de 2 sigma para disminuir la discordancia y subir el nivel de confianza a 95%. Por lo tanto, ¿es realmente objetiva nuestra lectura de los resultados radiocarbónicos?
3. *Existen problemas con el contexto y las muestras empleadas para análisis de fechado*: no hay problemas con los fechados de la costa sur. Las incongruencias se derivan de las muestras y contextos obtenidos por Lumbreras, Amat y Burger para fechar Chavín de Huántar (Lumbreras 1989:109).
4. *Existe algún problema de método de fechado radiocarbónico entre las muestras de la sierra y aquellas de la costa*: no conocemos un estudio científico que demuestre un efecto físico de esta naturaleza.
5. *Existe un problema de laboratorio*: aun cuando algunos laboratorios son más confiables que otros, no se puede negar el patrón de fechados y estratigrafía, ni las secuencias cerámicas relativas a las cuales pertenecen.

Sobre estas discordancias en la cronología absoluta, DeLeonardis (1997: 310) ha planteado lo siguiente:

¹⁸ Para una lectura crítica más profunda en torno a las fases Chakinani y Urabarriu de Burger, remitimos al lector al cuarto capítulo del libro de Luis G. Lumbreras sobre Chavín de Huántar (Lumbreras 1989).

La ocupación temprana de Callango contrasta con algunas publicaciones recientes que sugieren que Paracas pertenece a la primera mitad del primer milenio antes de Cristo (Burger 1992; Massey 1986; Silverman 1995). Pienso al respecto que la literatura exhibe confusiones derivadas de las interpretaciones de los estilos de cerámica y de las influencias estilísticas de centros pan-andinos. En cuanto a Paracas, la discusión ha sido planteada casi únicamente en términos de la relación iconográfica Chavín-Paracas. Sobre la base de mi investigación, parece que los rasgos designados como de influencia «Chavín» en el estilo Paracas Temprano (felinos, kennings, etcétera) podrían asignarse igualmente a cualquier otro sitio de los Andes Centrales del Período Inicial tardío u Horizonte Temprano donde estos rasgos estilísticos han sido hallados. El planteamiento de que Chavín de Huántar es la fuente de dispersión o influencia iconográfica, conlleva a considerar a las tradiciones Urabarriu (850-460 a.C.) o Chakinani (460-390 a.C.) como las posibilidades de influencia más factibles y coherentes [...] García y Pinilla (1995) se inclinan por relaciones potenciales con la cultura Cupisnique de la costa norte, en tanto que yo agregaría los sitios de Ancón y Curayacu de la costa central.

Debemos señalar a modo de respuesta algunas precisiones importantes. Es posible que la influencia chavín llegara a Ica antes de la fase Janabarriu, pero es significativo que los tejidos chavinoides de Callango, Samaca y Karwa presenten un estilo artístico correspondiente a un Chavín tardío. La iconografía de los tejidos de Karwa, por ejemplo, es comparable a las fases D o E-F de la secuencia que Rowe estableció para la litoescultura de Chavín de Huántar (Rowe 1962b; Sawyer y Maitland 1983: 54; véase también Burger 1992: 195; Cordy-Collins 1976: 266). Como es sabido, la fase D de Rowe corresponde a la fase cerámica Janabarriu establecida por Burger (1984: 244). En nuestra opinión, los tejidos y la información cronológica que de ellos se desprende constituyen un cuerpo de datos independiente, sustancialmente importante para evaluar el problema de la cronología de Paracas.¹⁹

De otro lado, epistemológica y analíticamente es incorrecto apoyarse en el argumento de «[...] cualquier otro sitio de los Andes centrales del Período Inicial tardío u Horizonte Temprano donde estos rasgos estilísticos han sido hallados», con el objeto de sustentar una fuente de influencia externa en el valle de Ica. Además, no se puede olvidar que la influencia chavín no solo se manifestó en Ica, sino que

¹⁹ Sin embargo, es importante considerar que también Wallace (1991: 102) observa rasgos AB en los tejidos de Karwa. Wallace (op. cit.: 103) concluye que los tejidos no pueden fecharse dentro de un período único y restringido.

también impactó paralelamente en muchas otras partes de los Andes centrales, de allí la validez del concepto *Horizonte Chavín*.

Con respecto a la costa central, las posibles influencias de Ancón y Curayacu deberían entenderse como de «segunda mano», puesto que estos sitios, a su vez, fueron influenciados por otros centros. En Ancón se ha encontrado cerámica estrechamente emparentada con el estilo Urabarriu (Burger 1992: 155), e incluso similar al estilo Ofrendas (Lumbreras 1993). Burger ha fechado la fase Urabarriu entre 850 y 460 a.C., mientras que dos muestras radiocarbónicas de Ofrendas han dado resultados de 3.050 ± 120 y 1.820 ± 80 (específicamente 1.100 y 750 a.C., según Lumbreras op. cit.: 418). A partir de estos resultados y de otros indicadores, Lumbreras (ibid.: 312) ubica cronológicamente al estilo Ofrendas entre las fases Urabarriu y Chakinani de Burger, correlacionándolo con la fase AB, y de «algún modo» con la fase C, de la secuencia de Rowe elaborada a partir de la litoescultura. Frente a esto Burger ha enfatizado que Ofrendas no es una fase y que los ceramios de la Galería de las Ofrendas de Chavín de Huántar fueron depositados a través de un tiempo prolongado, tiempo que en verdad correspondería a las fases Urabarriu y Chakinani. Como quiera que fuese, Ofrendas muestra similitudes con la cerámica de Curayacu (Lumbreras 1971; 1993). Por nuestra parte, hemos señalado con anterioridad (Silverman 1996: 121, cf. también Engel 1956: figura 9E) que Wallace identificó un fragmento de la fase Cerrillos en la colección chavín de Curayacu.

A partir de las contradicciones evidentes en los fechados radiocarbónicos, hemos planteado también (Silverman 1996: 121) «la posibilidad de que la presunta influencia Chavín en Ocucaje 3 tuvo realmente origen Cupisnique, la misma que llegó a Ica antes de la fase Janabarriu, vía una ruta marítima directa o una ruta terrestre discontinua». También debiera contemplarse la posibilidad de una difusión indirecta de Cupisnique desde Ayacucho (Silverman 1996: 121). De hecho, Burger (1988: 117-123, 1992: 195-198) ha postulado la existencia de un santuario secundario chavín, tipo «hija» o «esposa» en Karwa o en el valle bajo de Ica, en el marco de un «modelo tipo Pachacamac».

Esta revisión de datos plantea la necesaria evaluación crítica de los fechados radiocarbónicos de Chavín de Huántar, los contextos y las relaciones estratigráficas involucradas en la discusión precedente. Igualmente se requiere comparar la cerámica Paracas Temprano de DeLeonardis con las fases Urabarriu y Chakinani de Chavín de Huántar, a fin de determinar las semejanzas posibles y delinear sus posibles significados.

La influencia chavín y los otros valles de la costa sur

En términos generales, puede señalarse que la influencia chavín en los otros valles de la costa sur es sustancialmente menor. En el valle de Chíncha, Lanning (1960: 414-417) identificó un estilo chavinoide al que bautizó como Pozuelo.²⁰ Más hacia el sur, en el valle de Pisco, no se ha identificado una secuencia de cerámica anterior a Paracas Tardío, al menos no si se toma como referencia los materiales obtenidos por Engel (1957) alrededor de Tambo Colorado. En la cuenca del río Grande de Nazca las influencias chavín se manifiestan en el petroglifo de Chicchitara, cerca de Palpa (Silverman 1991: 374, figura 9.12), en una vasija tipo Ocucaje 3 proveniente de Nazca (figura 10, Silverman op. cit.: figura 9.10) y en otras piezas similares a Janabarriu que conforman el estilo local que hemos denominado Tajo (Silverman 1994). De acuerdo a estos datos, parece razonable concluir que la cuenca de Nazca es la zona más meridional de la esfera de influencia chavín en la costa, aunque dudamos que Nazca haya tenido contactos directos con las sociedades norteñas durante este momento. Pensamos también, en forma alternativa, que tales influencias arribaron a Nazca desde Ica y/o desde la sierra adyacente.

Comparación entre las formaciones sociales de la costa central y costa sur durante el Formativo Medio

Los grandes centros ceremoniales de la costa central fueron abandonados alrededor de 900 u 800 años a.C. (Burger 1981; 1992: 184; Burger y Salazar 1991) y carecieron de sustitutos análogos durante muchos siglos. Este fenómeno ha sido explicado como el resultado del ocaso de las formaciones sociales existentes, debido tal vez a alguna crisis ocasionada por fenómenos naturales o factores ideológicos (cf. Burger 1992: 184-190). El culto chavín aparece en la costa central en estos momentos caracterizados por una situación de vacío, introduciéndose así en un contexto de aldeas agrícolas y de pescadores. En esta área el fenómeno Chavín aparentemente no promueve la construcción de centros ceremoniales tales como

²⁰ Pozuelo se encuentra íntimamente relacionado con la fase Curayacu 3 de la costa central. Al compararlos, Lanning resalta algunos rasgos comunes, tales como la presencia de cuencos de cocción reductora con superficie bruñida, las bases planas y los bordes con bisel exterior redondeado. En cuanto a la decoración resaltan las líneas anchas y diagonales semejantes a aquellas de Curayacu postcocción, el mecido dentado, el ruleteado dentado y los círculos concéntricos. En cuanto a la cerámica utilitaria, la presencia de cuencos anaranjados con bisel exterior y aspecto burdo no es exclusiva de Pozuelo, pues son bastante comunes en todos los estilos tempranos de la costa central. Entre los rasgos que vinculan a Pozuelo con la costa sur se deben mencionar la pintura negativa y la pintura postcocción en vasijas globulares (citado por Menzel 1971: 101).

aquellos existentes en la costa norte (por ejemplo, templos chavín de Cerro Blanco en Nepeña y Pallka en Casma) y sierra norte (Pacopampa y Kuntur Wasi). En las áreas mencionadas encontramos un desarrollo continuo caracterizado por la complejidad social desde fines del Precerámico Tardío. Por el contrario, en la costa central el desarrollo cultural registra una ruptura con el abandono de los grandes centros ceremoniales del Formativo Temprano. No obstante, será precisamente en el valle de Lurín donde surgirá un milenio después el centro ceremonial y la gran ciudad de Pachacamac. Además, es en los valles de Lurín, Rímac y Chillón donde se desarrollará la sofisticada cultura Lima (cf. Patterson 1966; Earle 1972; Stothert 1980).

Por otro lado, si bien los grandes centros del período Formativo Temprano que luego decaen se encuentran en la costa central, es importante señalar que varios de los sitios de habitación —no monumentales y especialmente aquellos ubicados en el litoral— no fueron afectados y demuestran una larga historia de ocupaciones sucesivas. Un ejemplo es el sitio de Curayacu (Engel 1956; Lanning 1960), cuya ocupación abarca desde el Precerámico hasta el Horizonte Temprano.

Si bien el arribo de la influencia chavín a la costa central no estimuló la construcción de grandes centros ceremoniales, en cambio sí propició el uso de objetos portátiles de uso ritual-ceremonial (cf. Engel 1956: figuras 9, 11; Burger 1988: 134-137). El inicio de esta influencia chavín también se manifiesta en los grandes cambios que afectan a la cerámica local (Lanning 1960: 572-573; Burger op. cit.: 134-137). El caso que ha merecido mayor atención por parte de los investigadores es precisamente Curayacu, donde la intrusión chavín correspondiente a Curayacu 3 cambió radicalmente el estilo local de las fases Curayacu 1 y 2 (Lanning op. cit.: 196, 205-206; Engel 1956).²¹ Debe considerarse, además, que el componente chavín de Curayacu, publicado por Engel, contiene material muy semejante a la cerámica del estilo Ofrendas de Chavín de Huántar (cf. Lumbreras 1971).

Aunque falta mucho para comprender la naturaleza de las sociedades de la costa sur durante el Formativo Medio, resulta evidente que Ica recibió el mayor impacto iconográfico y, presumiblemente, ideológico de Chavín. Por qué ocurrió así, es una interrogante que aún no ha sido explicada satisfactoriamente. Sin embargo, desde nuestro punto de vista, algunas hipótesis interesantes pueden ensayarse a partir de las investigaciones efectuadas en la zona. El sitio PV62D13 de Callango (valle bajo) ha proporcionado datos confiables y muy valiosos para reconstruir la

²¹ También se puede citar la fase Early Ancon 2, que empieza con una intrusión masiva de rasgos foráneos tipo Chavín (Lanning 1960: 220).

sociedad iqueña durante el Formativo Medio. El único otro sitio contemporáneo que tiene datos publicados es Cerrillos, en el valle alto. De Leonardis (1997) ha determinado que PV62D13 es un sitio pequeño (0,25 hectáreas) en el que resalta un montículo de quince metros de largo cubierto por basura doméstica paracas. DeLeonardis (op. cit.) ha logrado establecer que se trata efectivamente de un sitio doméstico habitacional, cuya población estimada habría sido de quince a veinticinco personas bajo un régimen de economía autosuficiente. Los materiales y contextos registrados señalan que dicha población preparaba en el lugar sus comidas —restos botánicos, malacológicos y animales—, elaboraba sus herramientas y utensilios —cerámica, lítico—, desechaba su basura —acumulaciones de material descartado—, y practicaba rituales caseros depositando ofrendas quemadas —cerámica rota, plantas, conchas, huesos de cuy, cristal de roca, etcétera—. La ausencia de entierros sugeriría que los ocupantes de este tipo de sitios se enterraban en cementerios separados de los asentamientos habitacionales.

Como puede observarse, PV62D13 no es un sitio monumental ni mucho menos fastuoso. La participación iqueña (valle de Ica y Bahía de la Independencia) en la esfera de Chavín no parece haber alcanzado, pues, los niveles de otras áreas de los Andes centrales. Conklin y Moseley (1988: 147) sostienen que la costa sur recibió mayor influencia del arte chavín en relación al poder organizativo del culto y creemos que tienen razón. En efecto, excepto Ica-Karwa, la costa sur aparenta ser una región bastante periférica al núcleo norteño del Horizonte Chavín, a la estrecha interacción entre costa y sierra norte, y al desarrollo cultural y sociopolítico que caracterizó a las sociedades septentrionales. Sin embargo, es necesario recordar la existencia de rasgos específicos que comparten los estilos de cerámica de la costa sur con aquellos de la costa central y otras regiones andinas (Lanning 1960; Burger 1988: 133-137; Silverman 1994). Este factor indicaría que las sociedades del sur participaron de manera efectiva —aunque en escala reducida, salvo el caso de Ica— en la amplia red de comunicación interregional que caracterizó a Chavín.

La explicación y elucidación de las características de la prehistoria de la costa sur, antes del desarrollo de la cultura Paracas, es uno de los retos más grandes planteados por los arqueólogos especializados en esta región. Aún nos falta mucho, tanto para entender la naturaleza y poder precisar los límites temporales de la influencia chavín, como para explicar en qué contexto intruye en los casos específicos de la costa central y sur. Para lograr una interpretación procesal de Chavín en estas áreas, es necesaria una mayor cantidad de investigaciones de campo y una secuencia cerámica relativa con un control diacrónico más riguroso. Por otro lado, también es necesario desenmarañar y explicar las relaciones entre la costa sur y

norte (cf. García y Pinilla 1995); y es para ello imprescindible entender los estilos y sociedades denominados Cupisnique y Tembladera, y sus relaciones con aquellas contemporáneas de la costa norcentral (por ejemplo, entre Supe y Nepeña), costa sur y con el mismo Chavín de Huántar.

Formaciones sociales de la costa sur durante el Formativo Medio

Proponemos que un conjunto de factores simultáneos contribuyó a generar una serie de consecuencias culturales repentinas en la costa sur; y promovió así el gran salto en la complejidad cultural perceptible en gran parte de la región durante el Formativo Tardío, y que se conoce bajo la forma de las culturas Paracas Tardío y Topará (véase Silverman 1991). Los cuatro factores principales que identificamos son:

1. Interacción cultural, cuya eclosión habría sido fomentada por el contacto que la costa sur sostuvo con un mundo andino más amplio durante el Formativo Medio.
2. Desarrollo de élites incipientes cuya posición privilegiada habría permitido intercambios ideológicos y económicos —bienes exóticos y suntuarios—. Este desarrollo habría sido promovido por el contacto que Ica mantuvo con el culto chavín durante el Formativo Medio.
3. Surgimiento de élites nuevas aún no consolidadas. A raíz del ocaso de la esfera de interacción Chavín se abrió un nuevo espacio social y económico para la experimentación.
4. Fenómenos originados por cambios climatológicos. Se han registrado cambios climáticos notables a fines del Horizonte Chavín (Elera *et al.* 1992; Ortlieb y Marcharé 1992; Grodzicki 1990 *inter alia*); ellos habrían causado movimientos poblacionales, presión poblacional, conflicto intergrupal e intensificación de las actividades económicas.

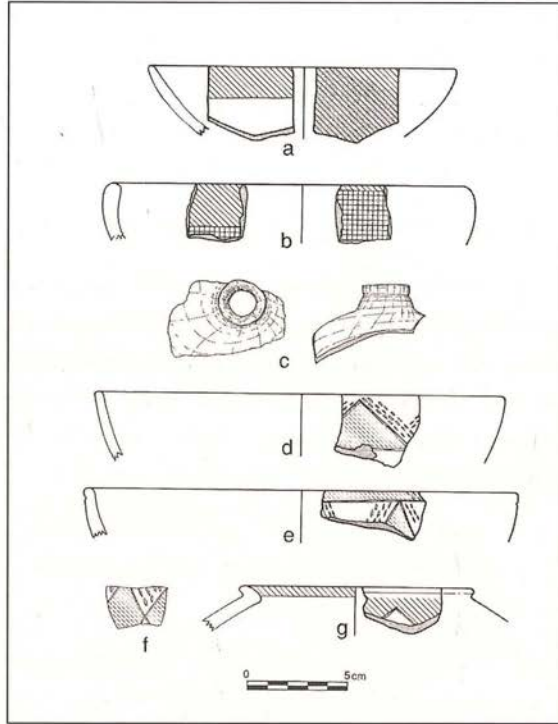
El valle de Ica en tiempos de Ocucaje 8

En el valle de Ica, cuando estaba en uso la cerámica Ocucaje 8 (figura 11),²² la población y el patrón de asentamiento crecieron tanto en tamaño como en complejidad en comparación con las fases anteriores. Por ejemplo, en Callango se

²² En el presente artículo no es posible abordar el problema de la sincronía entre las fases de los subestilos del valle alto y valle bajo planteados por Wallace (1985: figura 5).

FIGURA 11

Cerámica de la fase Ocucaje 8: a-b:
cuencos con bandas rojas;
c: botella de pico corto;
d-g: decoración rojo inciso en zonas.



han registrado por lo menos catorce sitios sin incluir el centro regional ubicado en Ánimas Bajas (Massey 1986: 276, 278-279; DeLeonardis 1991). También se conoce la presencia de varios sitios con carácter doméstico en otras zonas del valle (cf. Massey op. cit. 1991; Menzel *et al.* 1964: 103-104; Williams y Pazos 1974). Cabe mencionar que Massey (1991) ha postulado la existencia de un sistema de pequeños señoríos o sociedades con cierto rango en el valle durante esta época. La misma autora (Massey 1986: 278) ha observado una gran cantidad de cerámica Ocucaje 8 muy fina en Ánimas Bajas, además de ornamentos personales hechos en lapizlázuli, mica y *Spondylus*; todos materiales exóticos que sugerirían redes de intercambio.

Durante la fase Ocucaje 8, Callango fue el centro de producción y distribución de alfarería suntuaria (Massey 1986: 284). Menzel y sus colegas (1964: 101) han distinguido cuatro subestilos durante esta época, cada uno de procedencia diferente: Callango, valle alto de Ica, valle medio de Ica y Ocucaje. Los autores señalan que de todos ellos, el subestilo de Ocucaje resulto ser el más innovador. Es en este subestilo donde por primera vez aparece un elemento iconográfico nuevo: el Ser Oculado (Menzel *et al.* op. cit.: 171-172, 258-259).

El origen del Ser Oculado es incierto. García y Pinilla (1995) plantean su origen varios siglos antes en Puerto Nuevo. Por su parte, Massey (1990: 153) sostiene que el motivo evolucionó a partir del Dios de los Báculos de Chavín, quizá representado similarmente en los textiles pintados de Ica y la Bahía de la Independencia. Basándose en la identificación que hizo de un fragmento del ojo de este personaje en un tiesto de la fase Pinta (Paracas Tardío de Chincha), Wallace (1985) ha sugerido que el Ser Oculado fue introducido en Ica por las poblaciones paracas del norte —es decir, entre Paracas y Chincha—. A partir de esto, Wallace (op. cit.) sostiene que Ica no fue el único foco de creatividad para el estilo Paracas, sino que existió «una fuerte interacción entre los portadores del estilo Paracas» en Ica, Pisco y Chincha (1985: 73). No debemos olvidar, además, las máscaras de cerámica con pintura postcocción procedentes de Chongos en el valle de Pisco que representan al Ser Oculado (véase Lapiner 1976: figuras 146, 148 y 150). Sin embargo, debe tenerse presente que las representaciones de este personaje no son comunes fuera de Ica, salvo en los textiles de las tumbas de Paracas Cavernas y Paracas Necrópolis (el estilo lineal) de la Bahía de Paracas. Si bien el motivo surge repentinamente en Ica, y aunque sus raíces pueden remontarse a Puerto Nuevo de Pisco-Paracas, nos inclinamos a pensar que el Ser Oculado es oriundo de Ica (figura 15).

El valle de Ica en tiempos de Ocucaje 9

Menzel, Rowe y Dawson (1964: 258) indican que Ocucaje 9 es la fase con mayor independencia artística dentro de la secuencia de Ocucaje. Se perciben dos subestilos diferenciados: uno en el valle alto y otro en el valle medio y bajo. En el valle alto el Ser Oculado está ausente, mientras que en el valle medio y bajo se encuentra ampliamente distribuido (cf. Menzel *et al.* 1964: 175, 207).

Durante esta fase la población del valle de Ica se concentró en escasos asentamientos, de tamaño considerable, carácter defensivo y bien protegidos como Tajahuana (Rowe 1963: 9). Ánimas Bajas fue abandonado (Massey 1991: 323) y surgió el centro ceremonial-cívico-habitacional de Ánimas Altas (Massey 1986: 289-295, 1991: 323-327). Según Massey (1991: 323), esta época refleja un episodio de crecimiento y consolidación regional, lo que eventualmente pudo ocasionar la aparición de señoríos.

El sitio de Ánimas Altas comprende aproximadamente cien hectáreas, exhibe una densa y amplia distribución de basura y posee unos quince montículos pequeños de adobe, uno de los cuales presenta un friso iconográfico complejo (cf. Massey

1991: figura 8.4). Massey interpreta este y el resto de montículos como templos o edificios públicos, a la vez que considera a Ánimas Altas como el sitio Ocucaje 9 más importante del valle. Esta investigadora reporta igualmente la existencia de un gran muro defensivo en el lado occidental del sitio, reconstruido con capas de relleno de tierra alternadas con otras de fibra vegetal y con revestimiento exterior de adobes (Massey op. cit.: 323, 328). Nosotros hemos cuestionado esta interpretación, ya que un muro aislado sobre una amplia área abierta, como la que domina el lugar, resulta ser una defensa poco convincente (Silverman 1996: 126).

A partir de su análisis de arquitectura, Darrel Gundrum (s/f) ha cuestionado la idea de que Tajahuana fuese también un sitio fortificado. Gundrum concluye que las grandes murallas de Tajahuana definen categorías de espacio de naturaleza más bien habitacional, ceremonial y pública, y que en este caso la organización física de la arquitectura remeda la topografía del valle medio que se puede observar desde el sitio.

Por su parte, Wallace (1986) ha planteado que el nucleamiento de la población iqueña habría operado como reacción frente a una agresiva intrusión topará proveniente de Cañete. Al respecto, debemos indicar que si bien la influencia topará sobre la cerámica ocucaje es innegable, la concepción de Topará como un estado con centro en Cañete, que es lo que se desprende de las afirmaciones de Wallace, carece de indicadores arqueológicos sólidos, típicamente asociados a entidades políticas de este nivel —centros administrativos, elementos de administración, red de caminos, puntos de control de producción agrícola, entierros con alta diferenciación socioeconómica, un patrón de asentamiento caracterizado por estratificaciones internas y entre sitios, etcétera—. El estado actual de conocimientos señala que el valle de Cañete carece de evidencias que respalden la expansión agresiva propuesta por Wallace. Hasta que no se descubran evidencias que indiquen lo contrario, la distribución del estilo Topará fuera de su territorio nativo se interpreta mejor en el marco de una esfera de prestigio que comprendió el intercambio dinámico de artículos finos, tales como la cerámica de este estilo. Esta hipótesis supone la existencia de redes de intercambio establecidas a larga distancia, de modo análogo a los planteamientos de Menzel (1971) con respecto a los contactos entre Chongos y Nazca 1 durante el inicio del Periodo Intermedio Temprano en la costa sur. Sin duda, para evaluar estas propuestas se hacen necesarios nuevos trabajos de campo en el valle de Cañete (figura 12).

La identificación de los procesos internos ocurridos en el valle de Ica constituye otro frente de investigación que debiera emprenderse paralela e independientemente. Con ello sería posible aclarar si tales procesos fueron los verdaderos

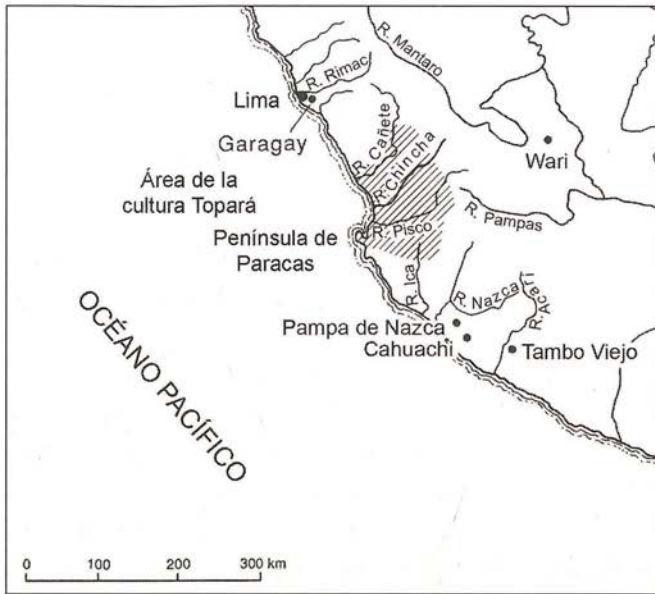


FIGURA 12
Área de influencia del
estilo Topará en la costa
sur.

responsables de los cambios sucedidos en el patrón de poblamiento que Wallace interpretó como evidencia de una conquista topará. La información proporcionada por Massey (1986) al respecto resulta importante. La alta frecuencia de fragmentos de puntas de proyectil hechas de obsidiana en la superficie de Ánimas Altas y otros sitios en Callango, así como el repentino abandono de Ánimas Altas, indujeron a Massey (op. cit.: 301, 1991: 345; 1992: 222) a concluir que Callango fue conquistado por poblaciones ocucaje.

Por su parte, DeLeonardis (1997: 295) ha señalado que los centros ceremoniales paracas en Ica nunca aparecen aislados, sino que siempre se enmarcan en asentamientos habitacionales mayores, tipo Ánimas Altas. Para DeLeonardis, el periodo Paracas Tardío se caracteriza precisamente por la presencia de extensos asentamientos que por su tamaño podrían ser catalogados como ciudades. Este patrón se encontraría vinculado a la etapa de transición con Nazca y Topará. Aunque resulta evidente las diferencias de tamaño entre los sitios Ocucaje 9 y aquellos anteriores, no debe olvidarse que Ánimas Bajas ocupa un área también grande de casi sesenta hectáreas (cf. Massey 1991: 321; DeLeonardis 1991: figura 4.13).

Si bien los cambios en el patrón de asentamiento señalados por DeLeonardis y antes por Rowe (1963) son innegables, consideramos necesario emplear el término «urbano» con mayor cuidado hasta reunir más pruebas de campo. Este término debe reservarse para sitios como Pampa Grande, Cuzco, Pachacamac, Huari

o Chan Chan, pues implica, entre otros rasgos, estratificación socioeconómica, alienación en el marco de modos de producción particulares, población residencial que involucra a miles de personas, administración formal, sistemas de almacenamiento y calles y control de tránsito dentro de la urbe. Tales rasgos con frecuencia son difíciles de detectar sin trabajos constantes y/o de gran envergadura.

El análisis de sitios de esta época revela que existieron varios asentamientos pequeños de la fase Ocucaje 9 (cf. Massey 1991: 323-329; Menzel 1971: 80; Menzel *et al.* 1964: 177-178), además de sitios grandes y densos como Tajahuana y Ánimas Altas. El panorama general de asentamientos induce a reformular los planteamientos originales de DeLeonardis. Así, los sitios menores pudieron ser aldeas agrícolas integradas dentro de un patrón de asentamiento particular. Dicho patrón se habría caracterizado por la diferenciación interna de los sitios según su tamaño y función, y por un conjunto de relaciones dinámicas que estimularon una creciente complejidad sociopolítica y cultural.

Por lo dicho, pensamos que durante Ocucaje 9 las sociedades iqueñas no se caracterizaron precisamente por construir, mantener y habitar sitios urbanos. No obstante, concordamos con Massey (1991: 342) cuando sostiene que el área de Callango fue el centro de poder y prestigio del valle bajo y quizá del valle medio. Algunas de las líneas de evidencia que apoyan esta hipótesis pueden resumirse así:

- El trabajo de campo de Massey en Ánimas Altas reveló un sitio extenso con arquitectura pública, asociado a arte monumental religioso, una gran plaza comunal, áreas de depósitos y extensas zonas habitacionales.
- El ícono Ser Oculado se encuentra ampliamente distribuido en el valle medio y bajo.
- Massey (1991: 342) encuentra evidencias de un «sinnúmero de bienes de elite».
- La cerámica asociada es artísticamente muy bien lograda y uniforme. A partir de esta observación, Massey (1991: 342) afirma que hubo un control regional de la producción de bienes desde Callango, posiblemente con centro en Ánimas Altas.
- Durante esta época abundan los restos de obsidiana en muchos sitios de Ica, mayoritariamente proveniente de Quispisisa (sierra de Huancavelica). Burger y Asaro (1992: 215) han discutido su presencia en Ánimas Altas, Tajahuana, Cerro Prieto, Santa Lucía y Ocucaje.

En términos de prácticas funerarias, el patrón de enterramiento refleja una población socioeconómicamente diferenciada.²³ Es probable que exista algún tipo de relación entre la sociedad Ocucaje 9 de Ica y la zona habitacional y funeraria Paracas Cavernas en Paracas, así como entre las secciones altas de los valles de Pisco e Ica.

Si bien todos estos datos sugieren un período de notable prosperidad y de interacción regional e interregional muy dinámica, tampoco puede soslayarse las evidencias que plantean un contexto social constantemente conflictivo y bélico. En la cerámica de Ocucaje 9 y 10, el Ser Oculado se asocia con cabezas trofeo y cuchillos (Menzel *et al.* 1964: 197, 239, 259, figuras 52c, g). Se sabe, igualmente, que las cabezas trofeo representadas en el arte de la fase Paracas Tardío existieron en la realidad (cf. Pezzia 1968: 99-102). Esta recurrencia permite especular que el interés de los antiguos iqueños por las cabezas trofeo y por los cuchillos se debió a un ambiente altamente competitivo, donde las relaciones intergrupales se tornaron fuertemente agresivas. Tal planteamiento podría tener relación con la preferencia por habitar sitios aglutinados en las cumbres de los cerros.

Massey (1991: 345) ha sostenido que la época Ocucaje 9 finalizó con la conquista militar de Callango por gente de Ocucaje.²⁴ Alternativamente puede proponerse otra interpretación. En un trabajo anterior (Silverman 1993: 221-222), hemos sostenido que la presencia de cabezas trofeo en la cultura Nazca Temprana se debió a una serie de rituales vinculados con la regeneración y culto a la fertilidad y, por ende, con los homenajes a los ancestros. En este contexto, las cabezas trofeo constituirían en verdad cabezas rituales. No obstante, esta interpretación no explica claramente por qué existe tal demanda de cabezas trofeo precisamente durante este momento. Una posibilidad podría ser que en un ambiente de competencia, los ancestros fijan la territorialidad y el acceso a los recursos básicos, además de legitimar las relaciones sociales jerarquizadas en surgimiento. Como

²³ Esta afirmación se basa en la información que hemos recuperado de los trabajos de Menzel, Rowe y Dawson (1964: 177) y de Strong (1957: 16). Igualmente, tomamos en cuenta el carácter innovador que para esta fase representan las máscaras funerarias de tejido pintado (cf. Dawson 1979: figura 17).

²⁴ DeLeonardis (1997: 57) menciona un artículo todavía inédito de Anita Cook que trata sobre el patrón de asentamiento en el valle bajo, basado en la prospección que realizaran ambas durante 1988, 1989 y 1990 (cf. DeLeonardis 1991 para los resultados relativos a Callango). DeLeonardis afirma que Cook propone una fase Paracas Tardío que comprende las fases Ocucaje 9-10 y Nazca I, y que durante esta fase se formó un patrón de sitios aglutinados como respuesta a situaciones de conflicto y cambios que afectaron las bases de poder político. La publicación de dicho trabajo sin duda proporcionará datos muy importantes para la interpretación de esta y las épocas siguientes. Por lo tanto, resulta posible que buena parte de lo que propongo ahora pueda modificarse en el futuro.

puede observarse, las hipótesis del conflicto y de las necesidades rituales no son necesariamente excluyentes.

El valle de Ica en tiempos de Ocucaje 10

Según Rowe (1963: 9; véase también Massey 1991: 329; DeLeonardis 1991: 167-169), durante la fase Ocucaje 10 ocurrió un cambio notable en el patrón de asentamiento. Los iqueños abandonaron los centros nucleados anteriores y se dispersaron sobre el paisaje para vivir en sitios pequeños. Rowe ha sostenido que «[...] los asentamientos fueron mucho más pequeños y numerosos, sugiriendo que hubo una redistribución de la población en vez de un descenso en números». Las observaciones de Rowe han sido verificadas por Menzel y sus colaboradores (1964: 210), quienes reportan que la ocupación Ocucaje 10 fue continua a lo largo del valle de Ica desde la Peña de Ocucaje hasta Tajahuana por la margen oeste del valle medio, incluyendo Tacaraca en el fondo del valle. Existen también ocupaciones Ocucaje 10 en el valle alto estudiadas por Massey (1986: 303), seguramente más numerosas de las que la autora identificó. Igualmente, se conoce una ocupación extensa de esta época en Ocucaje mismo, en la ladera norte del cerro Max Uhle. Estos y otros datos de campo han llevado a Massey (1991: 329) a sostener que el centro de poder durante Ocucaje 10 se trasladó de Callango a Ocucaje. Por otro lado, la iconografía de esta fase muestra que los seres humanos representados adoptan atributos del Ser Oculado a la par que portan cuchillos y cabezas trofeo (Menzel *et al.* op. cit.: 242-243). Por lo tanto, puede afirmarse que los cambios ocurridos tanto en el patrón de asentamiento como en la iconografía señalan una situación muy fluida en Ica durante el Formativo Tardío.

Como bien se ha señalado, Ocucaje 10 es una fase cerámica de mucha homogeneidad estilística dentro del valle de Ica. Menzel y sus colegas (1964: 209) han afirmado que tal situación se extiende incluso fuera de los valles de Ica y Nazca. Nuestros trabajos de prospección en el valle de Ingenio (figuras 13, 14) concuerdan con estos planteamientos, toda vez que los materiales obtenidos asignados a esta época no pueden distinguirse de aquellos de Ocucaje 10 del valle de Ica. Estas similitudes nos han llevado a sugerir una colonización de la cuenca del río Grande de Nazca desde el vecino valle de Ica (véase Silverman 1994: 378).

Al mismo tiempo, los alfareros de Ica imitaron las botellas y los cuencos de paredes delgadas de la cerámica de la fase Jahuay 3 del estilo Topará (véase Sawyer 1966: figuras 135-138; Massey 1986: 306; 1991: 339; Dawson 1979: figura 18).

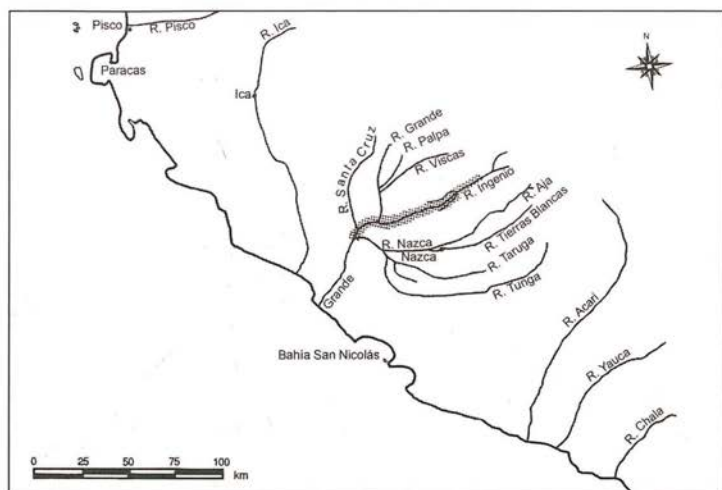


FIGURA 13

La cuenca del río Grande de Nazca con el valle de Ingenio señalado.

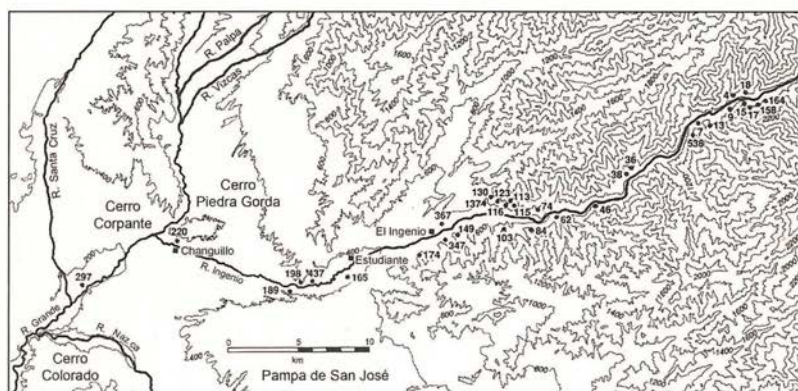
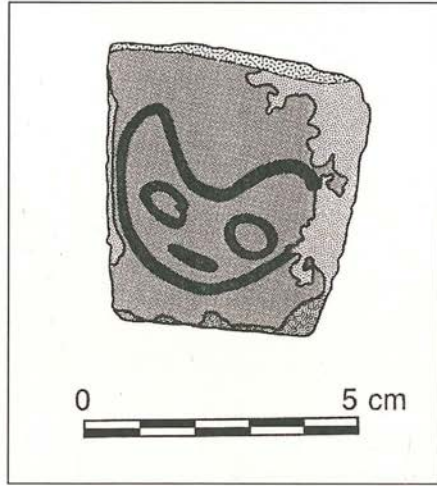


FIGURA 14

Distribución de los sitios del Horizonte Temprano en el valle de Ingenio.

Wallace (1985: 92; 1986: 44, 45) percibe una «influencia Topará muy pronunciada sobre el estilo Ocucaje de las fases 9 y 10», mientras que Menzel y colegas (1964: 211-213, 259) han demostrado que el grosor de las paredes de las vasijas de la fase Ocucaje 10 disminuyó bajo la influencia de las formas topará, a la vez que se hizo recurrente el uso de la cocción diferencial para conseguir efectos decorativos —una técnica propiamente topará en Ica—. Más aún, el uso novedoso del engobe blanco en Ica parece provenir de Topará, por lo que los autores concluyen que la influencia de este estilo sobre el de Ica fue muy significativo ya desde Ocucaje 9, pero sobre todo durante Ocucaje 10.

FIGURA 15
Motivo del Ser Oculado en fragmento
del valle de Ingenio.



El tratamiento diferencial percibido en las prácticas funerarias de Ocucaje 9 continúa presente durante Ocucaje 10. Dawson (1979: figura 18) ha publicado una fotografía perteneciente a Pablo Soldi en la que se muestra un entierro de élite. La presencia de entierros de este tipo es coherente con la existencia de piezas de oro atribuidas a esta fase en colecciones privadas, así como con una sociedad con asentamientos diferenciados.

La sociedad de Paracas Tardío de Ica: un caso notable de intercambio a larga distancia

Las semejanzas iconográficas entre los textiles Ocucaje 8, 9 y 10 y el arte lítico de la tradición Yaya-Mama, fechado en 2.500-2.100 a. del p. (Chávez y Mohr-Chávez 1975: 64-65), sugiere que la región de Ica habría mantenido vínculos de intercambio con el área altiplánica alrededor del lago Titicaca. Resulta muy significativo que tales semejanzas aparezcan en textiles costeros, mientras que en la sierra su soporte original haya sido la piedra como parte de arquitectura netamente religiosa. Es probable que este contacto entre el altiplano y las regiones más al norte del lago Titicaca hayan constituido el antecedente directo de las posteriores interacciones Huari-Tiahuanaco, tal como Menzel lo propusiera para épocas posteriores (Menzel 1964: 67). Llama la atención, en ambos casos, la presencia de textiles, sin duda como medios de representación portátiles y de gran prestigio.

Si bien desconocemos las razones que impulsaron los contactos entre Ica y el altiplano, es posible proponer algunas especulaciones generales respecto de las rutas posibles de interacción. Creemos que la transferencia de conceptos y motivos iconográficos altiplánicos pudo efectuarse mediante contactos directos, o a través de un intermediario contemporáneo de la costa sur (Sihuas, por ejemplo).²⁵ Esta última posibilidad no parece ser insólita. Las conexiones entre la costa sur y la costa extremo sur se remontarían a épocas muy anteriores, tal como hemos visto al describir las semejanzas entre la cerámica de Disco Verde, Hacha y La Ramada. Debe recordarse, además, que los tejidos recuperados por Max Uhle en Yauca en 1905 exhiben una iconografía «Chavín epigonal» que Gayton (1961) y King (1965: 73) identificaron como estilo «Early Paracas». La distribución de las lenguas aborígenes en la costa sur y extremo sur también apoya esta hipótesis. Varios lingüistas han sostenido que antes de la expansión de los huari quechuahablantes, las poblaciones de Ica y de más al sur hablaban el idioma jaqi (Hardman 1978; Parker 1969: 71). Torero (1964) ha sostenido que el territorio original del jaqi —cuyas subfamilias son kauki, jaqaru y aimara— se encontró en los departamentos de Apurímac, Cuzco y la región nororiental de Arequipa, es decir, en las alturas de los valles de Ocoña, Camaná y Sihuas.

Bahía de la Independencia

Pese a la escasez de excavaciones científicas en Karwa, la cerámica de superficie parece indicar que la ocupación habitacional principal corresponde a las últimas fases paracas de Ica. Lo mismo ocurre en el caso de Chucchio, que es otro gran sitio ubicado en la Bahía de la Independencia. A pesar del saqueo indiscriminado, la existencia de varios conchales y cementerios en la bahía todavía resulta ser muy prometedora para la investigación científica.

En el trayecto de esta exploración observamos, en primer lugar, los vastos depósitos de conchas marinas (*Pecten purpuratus Lamarck*) cerca de Laguna Grande, y vestigios arqueológicos en las proximidades de las caletas de Chochal o Chunchal y Karwa. En estos sitios existen enormes masas de antiguos basurales con visibles restos de construcciones subterráneas, que tienen las mismas características de las de Arena Blanca o Cabeza Larga y

²⁵ Al respecto resulta sugestivo que un lote de tejidos, aparentemente procedentes de Sihuas y con claras vinculaciones estilísticas con Nazca Temprano, haya aparecido en el mercado de antigüedades de EE.UU. durante los últimos años.

Wari Kayan en Paracas, con acompañamiento de fragmentos de cerámica incisa y policroma de aspecto resinoso, como el estilo Cavernas de Cerro Colorado. Asimismo, descubrimos, en un pequeño reconocimiento de las ruinas de Karwa, un cementerio con fardos funerarios de igual condición y contenido de los de Cabeza Larga y Wari Kayan. Esto revela, evidentemente, que dichos yacimientos prehispánicos de Chochal o Chuchio y Karwa, en las vecindades de la gran Bahía de la Independencia, son de la cultura Paracas, lo que confirma la conexión inmediata de estos asentamientos humanos con los de la boca del río Ica y los cementerios de Ocucaje, cuyos restos fueron explotados por los huaqueros en los subsiguientes años al descubrimiento de Paracas (Tello y Mejía Xesspe 1979: 92).

Valle de Chincha

Según Canziani (1992), la sociedad de Paracas Tardío se manifiesta en el valle bajo de Chincha mediante una serie de importantes montículos ceremoniales elaborados artificialmente. Dichos montículos se encuentran asociados a, y son contemporáneos con, una ocupación rural de carácter doméstico y de explotación agrícola intensiva en el valle medio (cf. también Wallace 1971; 1986).

Valle de Pisco (figura 16)

Ann Peters (1987-1988) ha demostrado que Chongos fue un gran asentamiento durante la época Paracas Tardío en este valle. Precisamente, los trabajos que Peters llevó a cabo en Chongos le permitieron definir la conocida fase de ocupación del mismo nombre. Más al sur, en el litoral, se encuentra el sitio Alto del Molino donde existen evidencias de una ocupación del mismo periodo, pero cuya naturaleza y límites aún están por definirse (cf. Silverman 1997). Debe agregarse que la cerámica Paracas Cavernas que Engel (1957: 35) recuperó en el valle alto se distribuye también sobre las laderas de los cerros Pantaico y Tambo, asociada a sitios habitacionales conformados por casas hechas con piedra de campo y con tumbas complejas con un sofisticado ajuar funerario (Engel op. cit.: 40-41).

Península de Paracas

Paracas exhibe un historial de ocupaciones que muchas veces es ignorado por la magnitud de sus restos funerarios (cf. Tello y Mejía Xesspe 1979 *inter alia*). Por

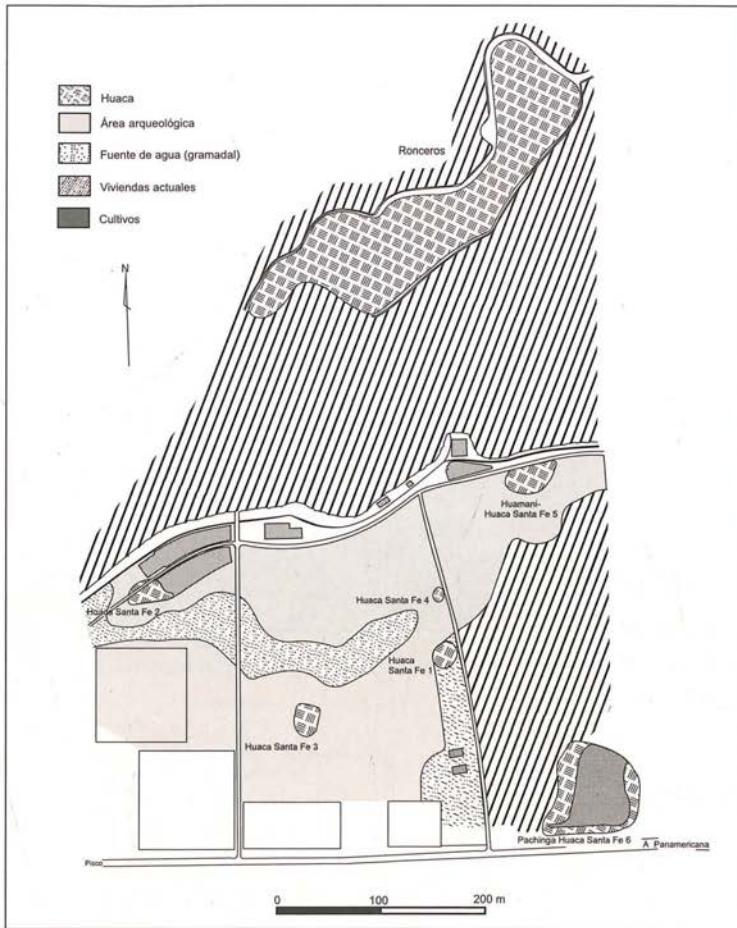


FIGURA 16

Sitio de Santa Fe, valle bajo de Pisco. Levantamiento: Bernardino Ojeda.

ejemplo, en Cerro Colorado existe una amplia ocupación de carácter doméstico perteneciente a la fase Paracas Cavernas y que fue denominada por Tello y Mejía Xesspe (op. cit.) como «los núcleos habitacionales de Wari Kayán» (cf. Silverman 1991). Una ocupación Paracas Cavernas de similar importancia y extensión se encuentra en «los núcleos habitacionales de Arena Blanca», aparte de la ocupación topará, que es la más importante en esta zona (cf. Silverman op. cit.: 397-398).

Cuenca del río Grande de Nazca

Hemos propuesto anteriormente (Silverman 1994) una reconstrucción de las características de la sociedad durante la fase Tajo en esta zona. De acuerdo a ello,

la población se encontraba organizada en pequeñas aldeas agrícolas e independientes, sin mayores evidencias de una posible integración sociopolítica comparable con la situación observada en los otros valles de la costa sur durante estos momentos (figuras 17, 18, 19, 20 y 21).

FIGURA 17
Vista del sitio-tipo
Tajo en el valle alto de
Ingenio.

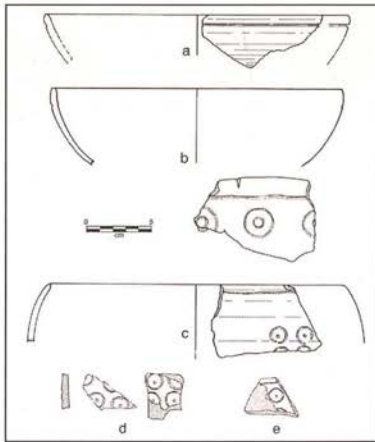
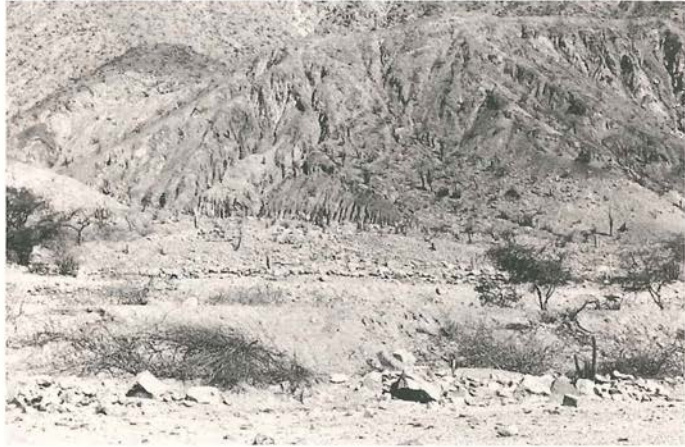


FIGURA 18
Cerámica tajo del valle de Ingenio: a-b: fragmentos Ocucaje 3; c-e: fragmentos Ocucaje 3 u 8.

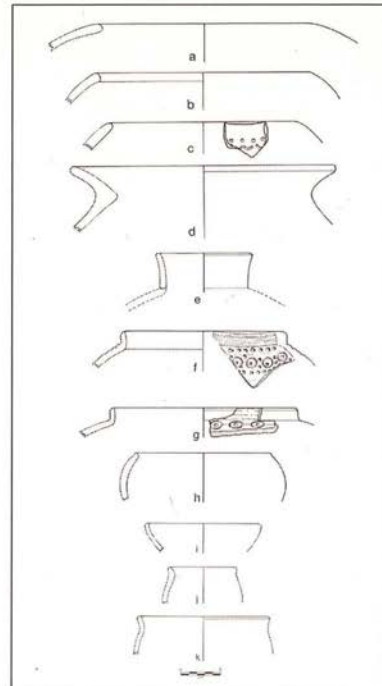


FIGURA 19
Cerámica de estilo Tajo: a-c: olla sin cuello; d-g: jarras con cuellos altos, cuellos evertidos y cuellos cortos; h-i: cuencos; j-k: *bulbous vases*.

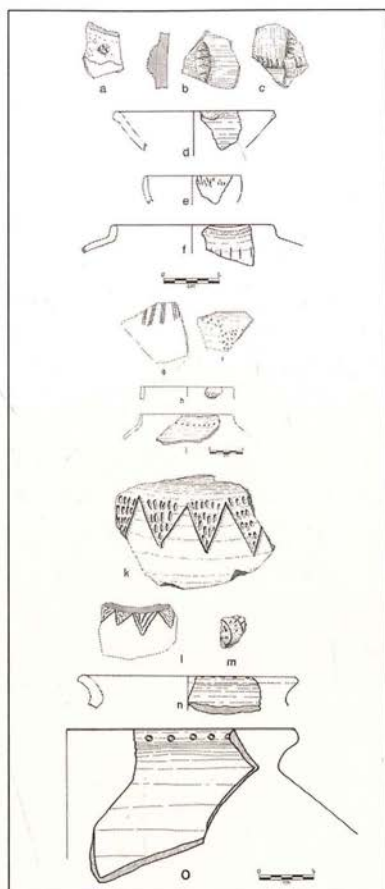


FIGURA 20

Cerámica de estilo Tajo: a-d: filetes aplicados y protuberancias; e: decoración hecha con la uña sobre un cuenco pequeño; f-g: incisión de línea fina; h: líneas cortas estampadas; i-o: punteados y puntos estampados, círculos y decoraciones combinadas.

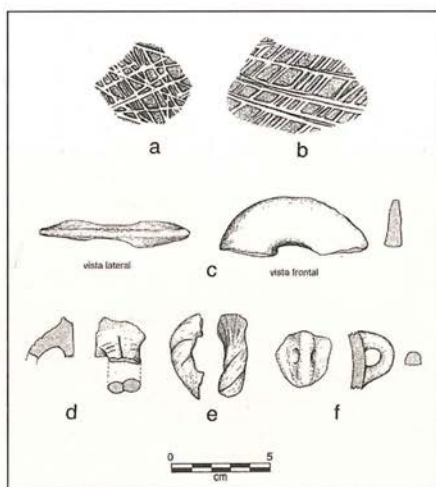


FIGURA 21

Cerámica de estilo Tajo: a-b: decoración patrón bruñido geométrico del estilo Tajo; c: asas planas semi-circulares del estilo Tajo; d-f: asas dobles, trenzadas y sencillas del estilo Tajo.

Valle de Cañete

En el valle de Cañete, durante el Formativo Tardío, la ocupación corresponde a grupos con filiación cultural topará. Los sitios de la fase Patos (Wallace 1963; Silverman 1991: 379-380, cuadro 9.2) se encuentran ubicados en las laderas del cuello del valle, precisamente en el punto donde el río abandona su cañón. La ubicación estratégica de tales sitios habría permitido a sus habitantes aprovechar el agua fácilmente accesible e indispensable para irrigar el terreno agrícola circundante. Wallace (1986: 42) describe el sitio-tipo de esta fase como una aldea aglutinada de tamaño considerable. Es posible que el sitio haya incluido un montículo de función ceremonial, aunque también debemos considerar que no hay evidencias que indiquen que nos encontramos frente a una sociedad compleja, pues apenas podemos definir una sociedad o formación social para esta fase.

Por otro lado, los datos recuperados pertenecientes a las fases Jahuay 1 y 2 tampoco son suficientes. Cerámica de estas fases ha sido obtenida de los niveles inferiores de los sitios Quebrada y Jahuay (Lanning 1960: 394-407). Wurster (1990: 177) informa que en sus excavaciones en Cerro Arena, en la Quebrada de Topará, recuperó fragmentería probablemente emparentada con cerámica de las fases Patos, Pinta, San Pablo, Jahuay —sin mencionar subfases específicas—, Chongos y Campana. El sitio consiste en un conjunto de casas dispersas alrededor de un montículo con mampostería de piedra; las casas presentan plantas de forma rectangular y ovoidal, con paredes enlucidas de barro y arcilla y presencia de postes de madera. Entre los vestigios materiales se hallaron abundantes restos vegetales, marinos e inclusive se reporta el hallazgo de un anzuelo de cobre.

En cuanto al sitio-tipo Jahuay, ubicado en la desembocadura de la quebrada de Topará, puede afirmarse que las influencias y manifestaciones Topará son muy tenues. Es muy posible que los agricultores de la quebrada hayan establecido una estancia en el sitio para aprovechar los recursos marinos de la playa. Alternativamente, Jahuay podría haber sido un pequeño sitio habitado por pescadores del lugar. Lanning informa sobre el hallazgo de una pinza y un gancho de estólita elaborados en cobre en los niveles correspondientes a Jahuay 2.

Estilos e interacción intra e intercultural en la costa sur durante el Formativo Tardío

La tradición Topará

El estilo Topará (Lanning 1960: 397) se caracteriza por la cerámica monócroma, por lo general producto de una cocción en atmósfera oxidante y con un buen acabado de superficie. Las vasijas llevan engobe blanco, rojo o anaranjado; la decoración no es un rasgo común pero cuando está presente se caracteriza por diseños incisos de aspecto simple. A partir de Jahuay 2 encontramos diseños en patrón bruñido y uso esporádico de pintura bícroma —roja y blanca— muy sencilla. El estilo también está caracterizado por formas de paredes delgadas y finas y por la tecnología virtuosa empleada por sus ceramistas. Lanning (op. cit.: 426) observa que es difícil la identificación de los sitios pertenecientes a la fase Jahuay 3, debido a que esta se define por la ausencia de ciertos rasgos de la fase precedente.

Por su parte, Wallace (1963) ha identificado a Patos como la primera manifestación de la tradición topará. En la secuencia de Topará, Patos es sucedida por las fases Jahuay. Fragmentos de Jahuay 1 y 2 (y la variante 2B) han sido hallados en

el sitio-tipo Jahuay. El material Jahuay 2 y 2B también está presente en Cañete. La fase Jahuay 3 ha sido reportada en Cañete, Chincha, Pisco, Paracas (Paracas Necrópolis) y, como influencia, en Ica (cf. Wallace 1986 y cuadro cronológico en Silverman 1991: figura 9.2, 1997: figura 2).

Lanning (1960) y Wallace (1985, 1986) han planteado que el origen del estilo Topará se encuentra en el valle de Cañete, lo cual parece ser bastante coherente en tanto que Cañete carece de una tradición cerámica temprana caracterizada por pintura postcocción con resinas policromas. Ambos autores perciben también una amplia difusión del estilo desde Cañete hacia el norte y el sur.²⁶ La ubicación temporal del inicio de la difusión se encuentra en debate. Wallace (1985: 92) considera que dicha difusión se inició durante la fase Jahuay 2, en tanto que Lanning (op. cit.: 427) ha sugerido la fase Jahuay 3.

La tradición Paracas

Como es sabido, el estilo Paracas se caracteriza por el uso de pinturas resinosas aplicadas postcocción, con las áreas de color delimitadas por líneas incisas, y es también común la decoración negativa lograda a través de la técnica de la pintura por reserva (figura 22). La cerámica paracas puede presentar iconografía

²⁶ Lanning (1960) y Patterson (1966: 98-99) han opinado que la fase Base Aérea del estilo Miramar de Ancón es una variante regional de Topará. Por ejemplo, Patterson ha señalado como referencia común las ollas de cocina de color marrón y la cocción diferencial observable en el interior de las vasijas. La comparación de sus figuras 1 y 2 con los dibujos de las vasijas de Chongos publicados por Wallace (1986: figura 3) revela otra serie de semejanzas formales. Efectivamente, en términos globales, Base Aérea muestra una coherente correspondencia con Chongos, por lo que consensualmente se fecha hacia la primera época del Periodo Intermedio Temprano (Patterson 1966: cuadro 3).

Por otro lado, durante el coloquio que dio origen al presente volumen, Richard Burger señaló la existencia en Ancón de material relacionado con Topará, inicialmente en cantidades pequeñas y posteriormente con mayor frecuencia durante la fase Base Aérea. Como se recordará, Burger y Patterson han definido seis fases en Ancón. El seguimiento del material de vínculo sureño a través de esta secuencia muestra que en un inicio solo aparecen cuencos de paredes delgadas, que en la Fase 3 aparecen las botellas con picos ligeramente cónicos y que en las últimas dos fases se detectan vasijas anaranjadas también muy delgadas. Burger asume que estas vasijas provienen de un componente topará muy temprano, sustentado en que las influencias sureñas en Ancón se hacen presentes al mismo tiempo que este recibe las influencias de Chavín desde el norte. La influencia de Topará en Ancón, de acuerdo a Burger, antecede a la fase Base Aérea por varios siglos.

Debe recordarse también que en los estilos Colinas 1 y 2 de Ancón existe un tipo de cerámica poco común llamado «Engobe Blanco» (Lanning 1960: 269). Dicho tipo es anterior a aquellos con engobe blanco reconocidos en Supe, Early Ancón y Topará. Lanning (op. cit.: 269) especula que el tipo «Engobe Blanco» de Colinas 1 y 2 pueda ser el antecesor de aquellos más tardíos.

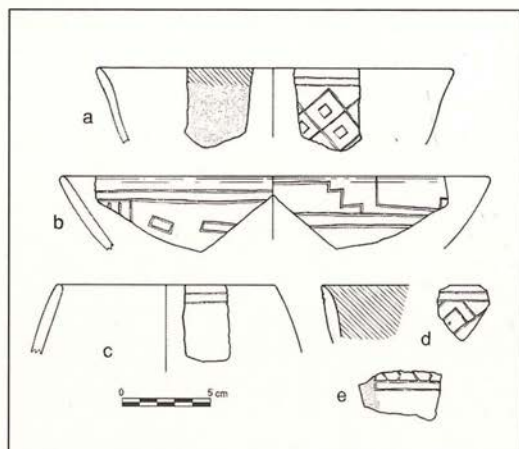


FIGURA 22

Ejemplos de cerámica paracas con pintura postcocción del valle de Ingenio.

compleja o simple, pero en cualquier caso se trata de un estilo que se esmera en la decoración. Por lo general, la pasta no tiene cocción oxidante.

El estilo Paracas se desarrolló en Ica, donde encontramos sus manifestaciones más tempranas y variadas. La cerámica paracas también se encuentra presente en Pisco y Chincha, bajo la forma de variantes norteñas que aparentemente ejercieron cierta influencia sobre el propio estilo del valle de Ica (cf. Wallace 1985). Cabe mencionar que tales variantes están correlacionadas con las fases tardías del estilo Ocucaje del valle de Ica (cf. Wallace op. cit.; Silverman 1991: figura 9.2; 1997: figura 2) y que la historia de su desarrollo aún no está bien comprendida.²⁷

De otro lado, tanto la cerámica paracas de la fase Cavernas como la de las zonas habitacionales en Paracas muestran vínculos con la cerámica Ocucaje 9 del valle de Ica (Menzel *et al.* 1964: 176). Wallace (1985) ha señalado también la existencia

²⁷ San Pablo es el nombre asignado a la cerámica monócroma descubierta por Lanning (1960: 420-423) en el sitio Pozuelo también conocido como sitio San Pablo. La cerámica llamada San Pablo fue hallada estratigráficamente debajo de aquella Pozuelo, aunque separadas ambas, según Lanning (op. cit.: 414), por un lapso de tiempo prolongado. Para Lanning (1960: 420), San Pablo se encuentra emparentado con Paracas Tardío y derivaría del complejo Paracas de Tambo Colorado (Lanning 1960: 576; cf. también Menzel 1971: 109; Engel 1957) puesto que exhibe diseños incisos geométricos y no muestra pintura resinosa o pintura negativa. Otros atributos que emparentan a San Pablo con Topará son los ralladores con puntos asociados a líneas incisas profundas y anchas. Wallace (1963: 37-38) afirma que San Pablo es muy semejante a la cerámica pato de Cañete y que comparten una relación histórica. En su opinión (Wallace 1963: 38), San Pablo es transicional entre Paracas y Topará. No obstante, varios rasgos de San Pablo son diferentes tanto de Topará como de Paracas. Por ejemplo, la presencia de engobe rojo sobre ante formando líneas paralelas simples, a veces combinadas con puntos, es ajena a la tradición Paracas de Ica y, hasta donde sabemos, también de Topará.

de semejanzas entre la cerámica de Paracas Cavernas y la cerámica paracas que descubrió Engel en el valle alto de Pisco (Engel 1957).

Topará y Paracas

Por otro lado, existe desacuerdo en torno a la relación cultural y temporal existente entre los estilos Paracas y Topará. Por ejemplo, Lumbreras (1969: 136) afirma que la tradición Paracas tiene variantes; una de ellas se caracteriza por una técnica decorativa que emplea la policromía con pintura resinosa —Paracas Cavernas— y otra caracterizada por la monocromía fina —Paracas Necrópolis—. Además, sostiene que el complejo Necrópolis «parece haber tenido un desarrollo propio entre los valles de Cañete, Chincha y Pisco y, a partir de ellos, habría ejercido influencia en direcciones diferentes». Reconoce también una «coexistencia de [las] dos tradiciones de cerámica en el Formativo Superior de la costa sur: una policroma [Paracas Cavernas] y otra monocroma [Paracas Necrópolis]» (Lumbreras 1969). Por su parte, Sawyer (1966: 89) ha sugerido que Topará fue una variante local de la cultura Cavernas. Otros investigadores han argumentado que los estilos Paracas y Topará corresponden a formaciones sociales distintas (por ejemplo, Silverman 1991).

Este debate, perceptible en la bibliografía referente al tema, es el resultado de una confusión en el análisis debido a:

1. La fluidez de los contactos interculturales entre los valles de la costa sur y surcentral.
2. El uso de los estilos cerámicos como los principales indicadores de la filiación cultural —identificación étnica-social— y como medida de interacción entre los grupos.
3. El problema de la periodificación —que no es sino una tipología— que puede ocasionar rupturas artificiales en un contexto de continuidad cultural, haciéndonos percibir diferentes formaciones sociales/culturas arqueológicas/grupos étnicos cuando en realidad pudo tratarse de una sola entidad.
4. Una definición poco consistente de los conceptos de estilo y tradición.
5. La interpretación de los cambios en los artefactos como prueba de cambios sociales y económicos, sin mayor consideración de los procesos implicados.
6. La poca consideración brindada al rol y naturaleza de la variación regional de la cerámica bajo condiciones preindustriales y no estatales —producción artesanal—.

En cuanto a la relación temporal entre Paracas y Topará, hay que recalcar que los sitios registran la superposición y/o la intrusión constante de contextos topará sobre contextos paracas. Tal estratificación ha sido documentada en Paracas (Tello 1959; Tello y Mejía Xesspe 1979), en Chongos en Pisco (Peters 1987-1988), en Pozuelo (Lanning 1960) y otros sitios del valle de Chíncha como, por ejemplo, Chochocota (Canziani 1992).

Sin embargo, los estilos Topará y Paracas comparten varios atributos y se mezclan en varios contextos (por ejemplo en algunas tumbas asignadas a la fase Ocucaje 10 excavadas por Aldo Rubini en Ocucaje, cf. Dawson 1979: figura 18), de modo que es difícil separarlos. En ciertos sitios de los valles de Chíncha y Pisco la cerámica Jahuay 3 y Paracas Tardío parecen coexistir (por ejemplo, en Chongos, cf. Peters op. cit.). Canziani (1992; comunicación personal 1992) sugiere que la coexistencia correspondería a un momento de transición al interior de una formación social que cambia a través del tiempo desde Paracas Cavernas hacia Paracas Necrópolis (Topará), a la vez que enfatiza la fuerte continuidad cultural existente en Chíncha entre Paracas y Topará, por ejemplo en la arquitectura y las técnicas constructivas.

Nosotros creemos que el debate alrededor de la relación Paracas-Topará debe resolverse en los valles de Chíncha y Pisco, cuyos territorios:

- a) están más cercanos al supuesto núcleo Topará en Cañete;
- b) tienen manifestaciones locales Paracas; y
- c) muestran cómo el estilo Topará reemplaza a la cerámica de la tradición Paracas a fines del Formativo Tardío (es decir, con el estilo Chongos).

Los sitios de habitación de Paracas (Cerro Colorado, Cabeza Larga/Arena Blanca) no están comprendidos de manera directa en el debate, puesto que no sabemos si corresponden a una zona receptora de cerámica o a un centro de producción e innovación; en todo caso, tuvieron una fuerte interacción con Pisco. Igualmente, la cuenca del río Grande de Nazca queda descartada por no formar parte del territorio de Topará ni de Paracas (Silverman 1994). El valle de Ica es el núcleo del estilo Paracas que, por su ubicación al sur de Chíncha y Pisco, parece haber sido la última zona receptora de la influencia topará.

La información que hemos resumido permite sostener que Paracas y Topará son dos estilos diferentes, pero que tuvieron una larga historia de contacto intensivo (véase Silverman 1991). En ambos extremos de su distribución geográfica —Cañete en el norte e Ica en el sur—, los dos estilos se diferencian más entre sí que

en los valles intermedios.²⁸ Esta clase de distribución de rasgos, conocida como *cline* en Antropología Física, constituye un modelo pertinente para entender las relaciones entre los estilos aquí considerados, por cuanto las divergencias estilísticas no se interpretan únicamente como cronológicas. En nuestra opinión, la percepción de las variantes estilísticas únicamente como resultado de diferencias temporales es la gran debilidad de las secuencias propuestas por la escuela de Berkeley para la costa sur. Bajo las premisas metodológicas de aquella escuela, cada investigador bautizó con un nombre distinto a cada conjunto de tiestos sistematizado —la cerámica San Pablo es un ejemplo bastante ilustrativo—, y no consideró la posibilidad de que los diferentes complejos sean variantes locales de un mismo estilo cerámico. Si las diferencias entre los complejos no son cronológicas, pueden tener mínima importancia y deberse, más bien, a una producción cerámica con carácter local y autónomo, dentro de un contexto de intercambio de ideas y contactos intensivos entre sitios y regiones diferentes de la costa sur.

Como quiera que fuese, lo cierto es que a fines del Formativo Tardío las poblaciones de Pisco y Chincha dejaron de producir cerámica decorada con incisiones y pintura resinosa postcocción, y adoptaron las modalidades monocromas y finas a nivel tecnológico de Topará. Dicho de otra manera, la cerámica Paracas de Pisco y Chincha no evolucionó hacia el estilo Nazca como ocurrió en Ica, sino que el estilo Nazca 3 —probablemente de Ica— influyó sobre la cerámica topará de Pisco y Chincha, dando lugar a la aparición del estilo Carmen en ambos valles (cf. Menzel 1971; Silverman 1997). La continua interacción de las poblaciones de Cañete, Chincha y Pisco originó y posibilitó la adopción de la cerámica chongos, sobre la base del precedente estilo local Jahuay 3 en toda la región. Como se hace evidente, es necesario contar con una buena muestra de cortes estratigráficos y excavaciones de carácter amplio para lograr precisar las relaciones cronológicas y culturales entre Paracas y Topará.

Contactos entre la costa sur y la costa central durante el Formativo Tardío (figuras 23 y 24)

En los párrafos anteriores hemos señalado cómo interactuaron las sociedades paracas y topará. Ambas también sostuvieron relaciones a larga distancia con sus contemporáneas de la costa central. Como datos que apoyan esta aseveración

²⁸ Basándonos en nuestras excavaciones en Alto del Molino (Silverman 1997), diríamos que es posible que la cerámica paracas se haya simplificado y perdido su policromía en el valle de Pisco, por lo que paulatinamente fue incorporada a la tradición Topará.

FIGURA 23

Nueva cronología tentativa para el Horizonte Temprano y comienzos del Periodo Intermedio Temprano de la costa sur.

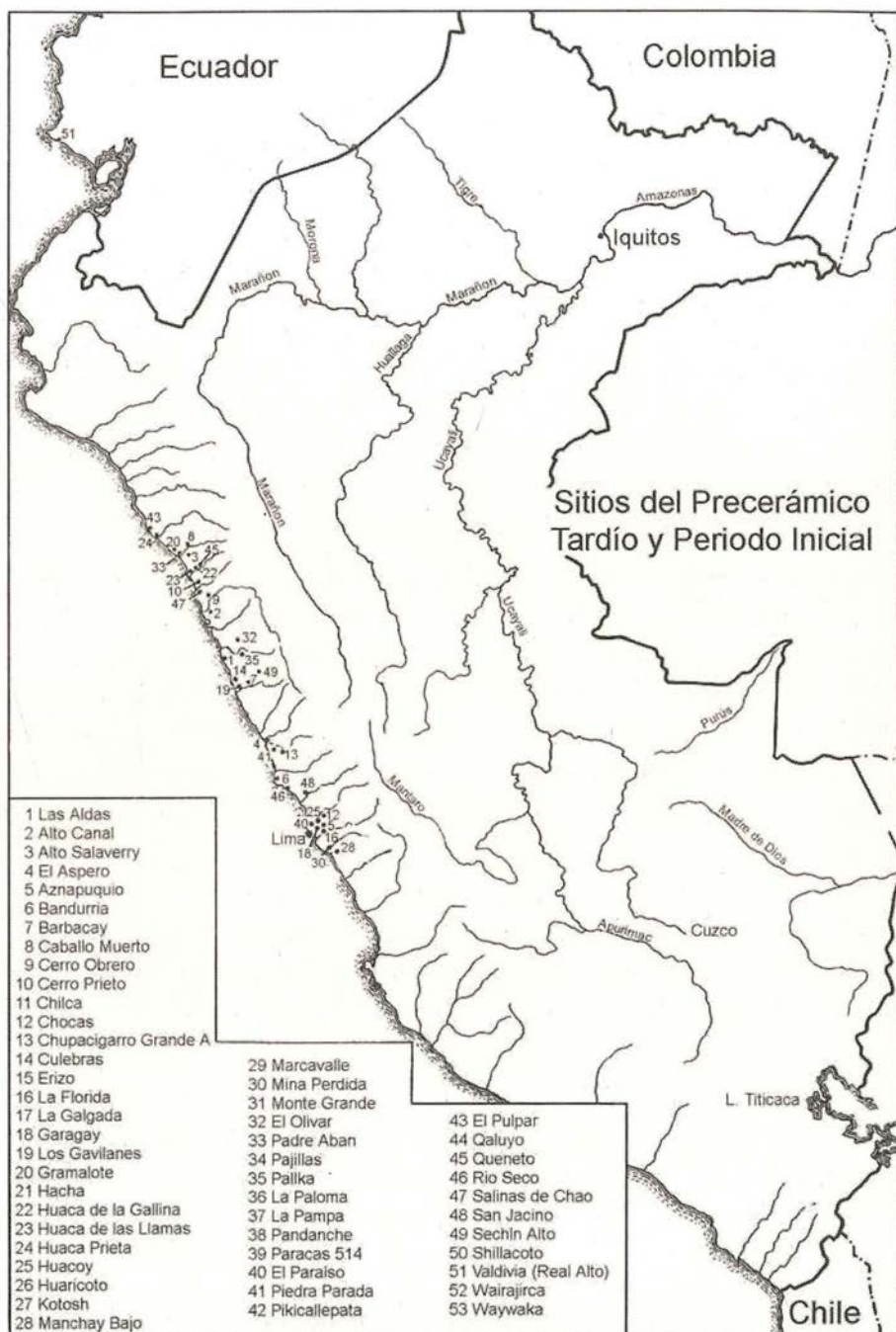
CAÑETE	CHINCHA	PISCO	SITIO PARACAS	VALLE ALTO DE ICA	VALLE BAJO DE ICA	VALLES DE NAZCA
Carmen	Carmen	Carmen y Nasca 4		Nasca 4	Nasca 4	Nasca 4
Carmen	Carmen	Carmen y Nasca 3	Carmen ?	Nasca 3	Nasca 3	Nasca 3
Quebrada B Quebrada A	Campana	Campana	Campana ?	Campana ? Y Nasca	Nasca 2	Nasca 2
Chongos A Chongos B	Chongos B Chongos A	Chongos B Chongos A	Topará/ Chongos	Topará y Nasca	Nasca 1	Nasca 1
Jahuay 3	Jahuay 3	Jahuay 3	Ocucaje 10 y Jahuay 3	Ocucaje 10 y Jahuay 3	Ocucaje 10	Ocucaje 10 y Tajo ?
Jahuay 2B Jahuay 2A	Jahuay 2B Jahuay 2A	Jahuay 2B Jahuay 2A	Ocucaje 9 y Jahuay 2	Ocucaje 9	Ocucaje 9	Ocucaje 9 y Tajo ?
Jahuay 1	Jahuay 1 y Pinta	Jahuay 1 y Pinta	--	Ocucaje 8	Ocucaje 8	Ocucaje 8 y Tajo ?
Patos	Estilo Paracas	Estilo Paracas	--	Ocucaje 8/ Ocucaje 7	Callango 8/ Callango 7	Tajo
				Ocucaje 6	Callango 6	Tajo
				Ocucaje 5	Ocucaje 5	Tajo
				Ocucaje 4	Ocucaje 4	Tajo
				Ocucaje 3	Ocucaje 3	Ocucaje 3 y Tajo

Tradición Paracas sin delineado	
Tradición Topará	
Tradición Tajo	
Tradición no Topará	

Basada en Engel 1957; Massey 1986; Menzel 1971; Menzel *et al.* 1964; Wallace 1963, 1985, 1986.

FIGURA 24

Distribución de sitios del Precerámico Tardío y Periodo Inicial, señalando la carencia de sitios de este momento en la costa sur.



debe recordarse que Tabío (1965; 1972) reportó el hallazgo de dos fragmentos identificados por él como pertenecientes al estilo Paracas Cavernas en un basural de las Colinas de Ancón, a escasa profundidad de la superficie y, aparentemente, en dudosa asociación con la cerámica de tipo Ancón Punteado en zonas que caracteriza a esos niveles. De cualquier manera, es notable su presencia. Además, Hermilio Rosas, durante los comentarios en la mesa redonda que clausuró el coloquio que dio origen al presente volumen, señaló que había encontrado cerámica con pintura postcocción en sus excavaciones en Ancón. Tal como Lanning señala (citado en Tabío 1965: 79), estos fragmentos pueden relacionarse con los tiestos con pintura postcocción recuperados por él mismo y por Engel en sus excavaciones en Curayacu (cf. Lanning 1960: 128-129). Dichos fragmentos curayacu no presentan líneas incisas que separen las áreas con color tal como es común en la cerámica paracas de la costa sur, por lo que Lanning propone que serían una innovación local, bajo la influencia del estilo Paracas. En la mesa redonda mencionada, Rosas opinó que es posible que esta cerámica con pintura postcocción de la costa central se remonte a tiempos previos a Paracas —tal como sería el caso del complejo cerámico Puerto Nuevo de la costa sur—.

En el valle del Rímac, las investigaciones de Silva y sus colaboradores (1982; 1983) y Palacios (1987-1988) han proporcionado valiosa información respecto de la existencia de cerámica «paracoide» y «toparoide» en contextos asignados al Formativo Tardío. En cada uno de los dibujos del material publicado, es posible observar tiestos y vasijas locales que imitan formas y elementos decorativos de la cerámica contemporánea de la costa sur, aunque sin copiarla de manera exacta.

Silva y sus colegas (1982; 1983) han señalado las semejanzas existentes entre la cerámica Huachipa fase C (equivalente a Cerro Temprano en la secuencia propuesta por Palacios) —caracterizada por diseños geométricos rectilíneos— y aquella típica de la tradición Paracas de la costa sur. Más aún, es posible encontrar paralelos evidentes entre la cabeza de una figurina publicada por Silva y colegas (1983: figura 16) y aquella de una figurina paracas publicada por Lapiner (1976: figura 202).

Jonathan Palacios (1987-1988: carátula, fotos 7, 8, 14, 15, 17, 19-21 y figuras. 22, 33 y 38) presenta varias botellas de doble pico y asa puente, algunas con un ave modelada y también botellas con pico y cabeza escultórica; todas ellas como materiales procedentes de la misma zona del valle del Rímac. Estas piezas muestran una clara influencia de la tradición Paracas, aunque no podemos precisar en cuál de sus variantes locales, y de las fases Jahuay 3 y Chongos del estilo Topará, tal como se manifiesta en el cementerio excavado por Pezzia en Chongos, en

Paracas (cf. Tello 1959: lámina IX-C, Tello y Mejía Xesspe 1979: figura 93) y en Ocucaje (cf. Sawyer 1966: figuras. 135, 137, 139). Al intentar correlacionar las fases Cerro, Pinazo y Huayco propuestas por Palacios, con las fases de la costa sur, podemos observar que la fase Cerro Tardío aparentemente muestra influencias tanto Paracas (genéricas) como Topará. Por ejemplo, las botellas con doble pico y asa puente se encuentran apenas presentes durante la fase Cerro Temprano del valle del Rímac, para luego aumentar en número y variedad durante Cerro Medio y, finalmente, disminuir en Cerro Tardío. Estas botellas parecen ser imitaciones burdas de formas de Topará. Además, Palacios (op. cit.: figura 31) presenta una cabeza de figurina casi idéntica a aquella presentada por Silva (*et al.* 1983: figura 13), que nosotros ya hemos comparado con la figurina de Lapiner. Palacios (1987-1988: 16) indica que «hay nuevas formas de platos en una pasta bien oxigenada, que ocasionalmente presenta decoración rojo sobre blanco». La presencia de estas formas novedosas se debería a influencias del norte o a influencias topará mezcladas con otra corriente norteña. De la fase Pinazo encontramos ilustrada una botella con doble pico y asa puente con cuerpo acanalado (1987-1988: figura 38) que demuestra evidente influencia de Topará. Palacios (1987-1988: 20) también señala que en esta fase se generaliza el uso de pastas cocidas en atmósfera oxidante, también como otra característica sureña. En cuanto a la fase Huayco, el material se ubica plenamente dentro de la corriente blanco sobre rojo, pero con fuerte influencia de Topará y Chongos, especialmente en la forma de las botellas de doble pico y asa puente (Palacios 1987-1988: foto 14). A juzgar por la secuencia presentada por Palacios para el valle del Rímac, se trataría de una imitación de la secuencia Paracas-Topará en la costa sur.

En la región de Lurín (valle y tablada), la influencia de la costa sur presenta características similares a aquellas observadas en el Rímac. Cárdenas (1971), Stothert (1980) y Paredes (1986) presentan cerámica muy semejante a los estilos Paracas y Topará, pero en una modalidad local; el mejor ejemplo de la naturaleza local de estas piezas lo presenta Cárdenas (op. cit.: lámina XIII). El ejemplar, una botella con asa puente y dos picos, tiene un puente muy alto que se adhiere a los labios de los picos en lugar de adherirse a sus secciones medias; además, lleva como motivos decorativos dos serpientes modeladas, un rasgo presente en otras vasijas de Tablada de Lurín, inclusive en otras piezas de la misma tumba (Cárdenas 1971: 88). A su vez, la costa sur recibió influencias de la costa central, inclusive, a nuestro juicio, del mismo valle de Lurín. Por ejemplo, el espécimen 12/5540 de la colección de Paracas Necrópolis del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia es una botella de doble pico y asa puente que presenta tiras de arcilla sobre su cima ligeramente aplanada, análogas a las serpientes modeladas

de Lurín. Sin embargo, no sabemos qué se trató de representar en este caso. Otra pieza (12/5581) presenta un felino modelado y pintado con rayas rojas que yace sobre la cima, también ligeramente aplanada, de la vasija. A partir de esto, es posible plantear que la aplicación de figuras modeladas en los especímenes paracas necrópolis es una técnica decorativa totalmente ajena a la tradición Topará, y es resultado de las influencias procedentes de la costa central.

Stohtert (1980) ilustra una serie de piezas procedentes de sus excavaciones en un cementerio de Villa El Salvador (ubicado en Tablada de Lurín), que también muestran relaciones con los estilos de la costa sur. Por ejemplo, la relación con Paracas se manifiesta en una botella zoomorfa (cf. Stohtert op. cit.: figuras 15 y 16 con Lavalle y Lang 1983: 158). La influencia de Topará-Chongos se observa en la botella de doble pico y asa puente con silueta compleja ilustrada por Stohtert (cf. Stohtert op. cit.: figura 23 con Lavalle y Lang op. cit.: 169 inferior). Finalmente, si tomamos en cuenta la idea de botella de pico, asa y rostro escultórico, donde el individuo representado lleva una soga para cargar sobre la frente, entonces el espécimen ilustrado en la figura 18 del artículo de Stohtert (1980) es comparable con aquel de la figura 23e presentada por Menzel y sus colegas (1964). (En la pieza presentada por Stohtert se ha representado una figura antropomorfa, mientras que aquella ilustrada por Menzel y colegas representa una figura netamente humana). Los ceramios presentados por Stohtert llevan decoración pintada y aspectos formales que los identifican plenamente como productos locales.

Tal como hemos señalado, tanto Paracas como Topará influenciaron con algunos de sus rasgos a la cerámica de la costa central durante el Formativo Tardío. No obstante, la población de la costa central fue muy selectiva en cuanto a los rasgos que tomó prestados de la costa sur. Como ya se ha visto, se trata de contactos con carácter complejo, con influencias en dos direcciones —aunque predomina la influencia del sur hacia el norte— y que involucran dos estilos/tradiciones sureñas y probablemente dos sociedades distintas. En nuestra opinión, la única región de la costa sur que reúne las condiciones para influenciar el norte adyacente es Pisco-Chincha. A la luz de estas inferencias, es necesario investigar los valles intermedios entre la costa sur y la costa central: Cañete, Asia, Mala y Chilca, todos ellos prácticamente desconocidos, para determinar su rol en este contacto intercultural.

Una de las idas más interesantes planteadas por Donald Lathrap (comunicación personal 1987), consideraba que los denominados «mercaderes» de Chincha se originaron en Topará y que los pobladores de ese valle se movilizaron a lo largo de la costa peruana en balsas, desde épocas tempranas. Esta propuesta puede estar

sustentada por las distancias desérticas entre algunos valles de la costa peruana. Más aún, algunas veces la evidencia de contacto entre valles distantes es tan directa que hace suponer el uso de una ruta eficaz como la marítima. Sin embargo, desconocemos la existencia de piezas de intercambio procedentes de la costa sur en contextos de la costa central y viceversa durante el Formativo Tardío. Bajo esta idea, las evidencias documentadas en Huachipa (valle medio del Rímac) llevarían a plantear la posibilidad de que tales contactos marítimos también involucraron a gente que vivía lejos del mar.²⁹ Aún nos falta bastante para comprender la naturaleza de las relaciones interregionales y para avanzar más allá de la típica pero-grullada arqueológica que señala que la imitación es una señal de reconocimiento del prestigio del donador y del deseo de demostrar un elevado estatus.

El estilo Blanco sobre Rojo del Formativo Tardío: un breve comentario

La cerámica denominada Blanco sobre Rojo se caracteriza por emplear pintura blanca sobre una superficie roja, producto de una atmósfera de cocción oxigenada o por uso de engobe. Algunas veces las áreas pintadas aparecen delimitadas por incisiones finas. Según Willey (1948: 15), la difusión del Blanco sobre Rojo tuvo carácter tecnológico y no estilístico. Aparentemente, dicha difusión sucedió cuando existía un vacío de poder y una reorganización cultural concomitante en la costa central.

El fenómeno Blanco sobre Rojo tuvo su núcleo en la costa y sierra norte, y desde ahí se difundió hacia el sur; los estilos Salinar y Huarás son ejemplos clásicos de la cerámica de estas características. En cuanto a su distribución, Lanning (1960: 582) señala que la línea divisoria entre los verdaderos estilos Blanco sobre Rojo, y aquellos ajenos a él, se encuentra al sur del valle de Chancay —área de influencia del estilo Baños de Boza—. Contrariamente, Patterson (1966: 5) sostiene que el estilo Miramar de Ancón pertenece a este estilo genérico. La cerámica excavada por Stothert (1980) en Villa El Salvador indica que la distribución de este fenómeno puede extenderse hasta el valle de Lurín. Sin embargo, la situación al sur de este valle parece darle la razón a Lanning (op. cit.: 581) cuando afirma que la costa sur no participó de la difusión del Blanco sobre Rojo.

En cualquier caso, es imprescindible reconocer que la difusión de esta cerámica bicolor estuvo acompañada por una notable difusión morfológica. Por ejemplo,

²⁹ Agradecemos a Richard Burger por llamar nuestra atención sobre este punto.

las vasijas con aves y animales modelados sobre los cuerpos de las vasijas; y las botellas con pico-asa puente, y aquellas con gollete escultórico-asa puente son ejemplos de difusión desde el norte hacia el sur. Creemos que esta reflexión puede arrojar nuevas luces respecto de la presencia de pintura blanca sobre superficie roja en las fases Jahuay 2-3, aunque aparentemente este rasgo no es predominante.

Comparación entre las formaciones sociales de la costa sur y la costa central durante el Formativo Tardío

Sin ninguna duda este periodo se caracterizó por un desarrollo repentino de la complejidad social en la costa sur; es legítimo pensar en señoríos o sociedades de rango similar cuando pensamos en el modelo de organización política de las sociedades de esta región, descontando el caso de Nazca que no participó en el proceso con la misma intensidad. Entre los valles de Ica, Pisco, Chincha y Cañete surgió una red de comunicación amplia e intensa, la misma que, aunque de modo diferente, se hizo extensiva a la costa central, costa norte y sierra sur (cf. Rowe 1971).

Los sitios que revelan mayor información en cuanto a los logros del periodo son Cabeza Larga y Arena Blanca, ambos se encuentran ubicados en la Península de Paracas (Silverman 1991). En ellos observamos que, si bien los vestigios de las zonas de habitación no muestran indicios de diferenciación social (unas veinte unidades repetitivas según Tello y Engel), es evidente que los pescadores que aprovechaban la riqueza de los recursos de la bahía, incluso intercambiándolos por productos agrícolas de la población del valle bajo de Pisco, contaron con individuos muy preparados para elaborar tejidos finísimos, elementos que constituían los bienes de lujo principales en el mundo andino. No obstante, habría que considerar la posibilidad de que los muertos pudieran haber sido transportados desde otras zonas para su entierro en las grandes necrópolis de la península (cf. Kroeber 1944: 37; Strong 1957: 16; Rowe 1995: 36-37, *inter alia*). También es posible que los miembros de las comunidades que poblaban el valle, y que enterraron a sus muertos en esta área, viviesen temporalmente a orillas de la bahía, mientras participaban de los largos ritos funerarios. De cualquier manera, los cementerios de Paracas presentan evidencias contundentes de jerarquización social no observada en la costa sur durante las épocas precedentes.

En la costa central, las sociedades del Formativo Tardío no pusieron énfasis en el desarrollo de actividades artesanales espectaculares y su patrón de asentamiento —tal como se discute en este trabajo— aparenta ser mucho más sencillo que

aquel de la costa sur. Sin embargo, los contextos funerarios de Tablada de Lurín indican una población de gran tamaño con cierta riqueza. Stothert (1980) señala la presencia de ofrendas funerarias de *Spondylus*, cuentas de concha y piedra y adornos de cobre recubiertos con oro y otros materiales exóticos. En El Panel, Paredes (1986, véase el artículo de Maguiña y Paredes en este volumen) reporta la construcción de túmulos funerarios y observa que algunos individuos fueron enterrados con ofrendas y parafernalia que denotaban gran prestigio, mientras que otros individuos carecían de tales bienes. La misma cerámica pudo haber sido un bien con una elevada cotización en tanto que, por lo general, se colocaba una sola pieza de cerámica por contexto; además, muchas de aquellas piezas muestran influencias procedentes de la costa sur.

Desde nuestro punto de vista, Paredes (1986: 8) plantea acertadamente que «la costa central se desenvolvía interactuando culturalmente como un centro de convergencia norte-sur». Efectivamente, el nexo Lurín-Rímac-Chillón tuvo carácter cosmopolita y, a la vez, marcadamente regional (Stothert 1980: 290). Por ejemplo, las aldeas de pescadores coexistieron con las aldeas agrícolas, los moradores de los valles construyeron varios montículos ceremoniales y la población se enterró con mayor o menor riqueza, aunque ningún cementerio de la costa central durante esta época iguala el fantástico complejo funerario ubicado en Paracas. Fueron precisamente estas sociedades del valle bajo de Lurín las que posteriormente crearon el contexto adecuado para el surgimiento y desarrollo de Pachacamac (Paredes op. cit.; Stothert op. cit.: 286; 292).

Palabras finales

La costa sur tardó en alcanzar un cuadro de integración social correspondiente al nivel de señoríos —mayores y menores—. Por el contrario, la costa central mostró un desarrollo cultural precoz desde el Precerámico Tardío, más evidente durante el Formativo Temprano, para luego lograr un auge cultural mayor con las culturas Lima, Nievería, Wari-Pachacamac, Chancay e Ichma-Pachacamac. Tomando distancias del determinismo ecológico, pensamos que al menos cierta parte de la dinámica acumulativa de la costa central, especialmente en el núcleo Lurín-Rímac-Chillón, se basó en la concentración y configuración de sus recursos naturales, específicamente el agua y la tierra cultivable. Siguiendo los planteamientos originales de Paul Kosok (1965) para el núcleo Motupe-La Leche-Lambayeque en la costa norte, pero en escala más reducida, creemos que las poblaciones de la costa central tuvieron necesidades y posibilidades de interactuar

con sus homólogos de los diferentes valles —interacción entre valles—, y se promovió así la complejización de las relaciones sociales y políticas. En contraparte, la naturaleza más aislada y menos rica de los valles de la costa sur no favoreció su integración durante varios siglos. A lo largo de este trabajo hemos señalado reiteradamente que otros factores —autóctonos y exógenos, locales, regionales y macroregionales— intervinieron de forma sistémica en tales procesos.

El debate y las interrogantes planteadas en este artículo serán resueltas con nuevas investigaciones de campo y con una revisión crítica de la información existente. Así será posible perfilar y explicar de manera sistemática el desarrollo y la naturaleza de las sociedades complejas de la costa sur y central, con el fin de comprender sus diversas manifestaciones dentro de la historia del mundo andino.

Agradecimientos

En primer lugar, agradecemos a Krzysztof Makowski por ofrecernos la oportunidad de participar en el coloquio que dio origen a la publicación de este volumen. Aprendimos mucho de esta experiencia al igual que a lo largo de toda nuestra comunicación profesional. Agradecemos también a Rubén García y José Pinilla por las innumerables y estimulantes conversaciones, cuyos temas centrales forman parte de este trabajo. El arquitecto José Canziani fue muy gentil al leer y comentar una versión preliminar de estas páginas y al guiar nuestra visita a los sitios de Chincha que él ha investigado. Richard Burger también colaboró generosamente al leer una de las últimas versiones de este texto. Estamos en deuda con él por la pertinencia y perspectiva de sus comentarios. Finalmente, las conversaciones y salidas al campo con Bernardino Ojeda y Fernando Herrera fueron muy beneficiosas. La responsabilidad sobre cualquier error u omisión en el presente artículo recae exclusivamente sobre nosotros.

Anexo: breves comentarios acerca de algunos complejos cerámicos de la costa sur durante el Formativo Tardío

Patos: este complejo fue descubierto por Wallace (1963) en Cañete, quien lo consideró parte de la transición entre la antigua tradición Paracas y la reciente tradición Topará. Aquí nos enfrentamos con un primer problema, puesto que Wallace afirma que Paracas y Topará son dos culturas distintas y, por lo tanto, es imposible que Topará se haya desarrollado a partir de Paracas. Para él, Patos es la primera fase de la tradición Topará y, dada la presencia de líneas incisas que

terminan en puntos, podría correlacionarse con Ocucaje 7. Lanning (1960: 391, 394) atribuye mayor antigüedad a Patos, pero también afirma que la fase es parte del origen de Topará. Nosotros (Silverman 1991: 380, cuadro 9.2) sostenemos que Patos presenta rasgos de ambas tradiciones, por ello proponemos que podría ser considerada como una variante regional de Paracas sin pintura resinosa polícroma. Es necesario realizar excavaciones en sitios con cerámica Patos que puedan revelar una superposición de estilos o fases, y así permitir fechar este complejo cerámico con relación a los otros estilos de la costa sur que parecen ser más o menos contemporáneos. Otro problema que debe enfrentarse es la supuesta contemporaneidad de los tiestos en superficie identificados como pertenecientes al complejo Patos.

San Pablo: con este nombre se conoce una cerámica monocroma descubierta por Lanning (op. cit.: 420-423) en el sitio denominado Pozuelo —también conocido como San Pablo—, ubicado en Chincha. El material del complejo cerámico San Pablo se ubica estratigráficamente encima de la cerámica Pozuelo, pero ambos están separados por un lapso prolongado de tiempo (Lanning op. cit.: 414). Según el mismo autor (1960: 420), San Pablo está emparentado con Paracas Tardío y deriva del complejo Paracas de Tambo Colorado (Lanning 1960: 576; véase Engel 1957); tiene diseños incisos de carácter geométrico, pero carece de pintura resinosa y pintura por reserva. Menzel (1971: 109), al igual que Lanning, señala fuertes semejanzas entre el material de San Pablo y la colección Paracas de Tambo Colorado; así, ella plantea que se trata de dos estilos contemporáneos. Hay otros atributos que emparentan a San Pablo con Topará, por ejemplo, los ralladores con puntuaciones asociadas a líneas incisas profundas y anchas. Wallace (op. cit.: 37-38) afirma que el material de San Pablo es muy semejante a las colecciones patos del valle de Cañete y que probablemente comparten una relación histórica. Asimismo, sostiene (Wallace 1963) que San Pablo se ubica cronológicamente como una transición entre Paracas y Topará (considérese nuestro comentario previo en relación a Patos). Varios rasgos de San Pablo difieren tanto de las características topará como de aquellas paracas; por ejemplo, la presencia de engobe rojo sobre ante formando líneas paralelas sencillas, a veces combinado con puntos, es un rasgo totalmente ajeno tanto a la tradición Paracas de Ica como a Topará.

Pinta: corresponde al estilo Paracas más desarrollado del valle de Chincha. El estilo fue identificado por Wallace (1971; 1985: 69) en el sitio-tipo PV57-63. Lanning (op. cit.: 417) identifica correctamente a Pinta como parte de la tradición de pintura resinosa polícroma y pintura negativa del estilo Paracas. La fragmentería pinta

se correlaciona bastante bien con la cerámica de la fase Paracas Tardío de Ica (véase Wallace 1985: 71, figura 1), especialmente con las fases Upper Valley 7, Upper Valley 8, Ocucaje 8 e Ica 9. Además, tanto Lanning (op. cit.: 419) como Wallace (op. cit.: 73-74) sostienen que algunos rasgos específicos de Pinta se difundieron hacia Ica.

Tambo Colorado: es el nombre asignado originalmente a la colección de cerámica Paracas Tardío recuperada por Engel (1957) durante su prospección alrededor del sitio del mismo nombre, en el valle alto de Pisco. Los tiestos que Engel ilustra corresponden a las fases Upper Valley 7 y 8, y a Ocucaje 8 y 9 en Ica (Wallace 1985). Sabemos, además, que existe una conocida ruta de comunicación entre ambos valles (Wallace 1985: 71; Massey 1986: 330), lo cual es congruente con las semejanzas observadas en la cerámica de ambos. Asimismo, la cerámica paracas de Tambo Colorado en Pisco también presenta muchas similitudes con los materiales pinta del valle de Chincha; por ello, Massey (op. cit.: 331, figura 8.1) propone también una ruta de comunicación entre estos dos valles. No obstante, hay que recordar la existencia de algunas diferencias específicas entre Tambo Colorado y Pinta. Según Lanning (op. cit.: 425), Tambo Colorado utiliza un engobe rojo sobre el cual se pintaron los diseños postcocción, en lugar del fondo amarillo característico de Pinta.